



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 34. — Madrid 5 de Junio de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.  
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.  
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.  
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.  
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Advertencia importante*, por Modesto Riera. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Isern. — *La fiesta nacional*, por Blas. — *Orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paul*, según los recuerdos de sus primeros miembros (conclusión). — *Las barcas pescadoras*, poesía, por F. Sánchez de Castro. — *Costumbres populares: El juego*, por Benigno Bolaños y Sanz. — *Caridad*, cuento (conclusión), por Fr. Conrado Muños Saenz. — *Los grabados. — El mártir de un secreto* (continuación), por Raúl de Navery. — *Feroglífico. — Anuncios.*

GRABADOS. — *Puerta ajial en Chinchilla. — Las barcas pescadoras. — El puente de Almaraz sobre el Tajo.*

ADVERTENCIA IMPORTANTE

**T**IEMPO há que ofrecimos, respondiendo á reiteradas instancias de muchas señoras que nos favorecen con su apoyo y simpatías, publicar una Revista ó suplemento de LA ILUSTRACIÓN, dedicado á los conocimientos y labores de las señoras, que pudiera ser útil para la educación de las niñas y para la economía y buen régimen del hogar doméstico. Por vía de ensayo, y con objeto de obtener todo el beneficio posible en obsequio de nuestras favorecedoras, hemos hecho un contrato con el editor de una Revista dedicada al objeto indicado, mediante el cual nuestras suscriptoras pueden obtener por **dos reales** mensuales *La Riqueza del hogar*, Revista ilustrada de labores domésticas, redactada por señoras y sastres de reconocida com-



PUERTA DE CHINCHILLA.

Ayuntamiento de Madrid

petencia, y avalorada con grabados interesantes, que facilitan extraordinariamente la inteligencia del texto.

En el presente número recibirán nuestros suscriptores el prospecto de la edición especial de *La Riqueza del hogar*, dedicada á nuestras suscriptoras, en el cual se indican las demás condiciones de esta Revista, ahorrándonos de mayores por menores.

Hemos dicho que esta mejora es por ahora un ensayo, pues caso de obtener el favor que esperamos del público, procuraremos darle más amplitud hasta llegar adonde sea posible, dentro del criterio que preside todos nuestros trabajos. Porque LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no puede aceptar el *periódico de modas* que hoy está en uso, cebo del lujo y de la frivolidad reinante, corruptor de la educación de las jóvenes que aprenden en él los recursos de la vanidad y las artes de la coquetería; pero LA ILUSTRACIÓN puede, si las madres cristianas la ayudan, reemplazar á los periódicos de esa clase en lo que pueden tener de lícitos, es decir, en todas las enseñanzas y prácticas relativas á la economía doméstica.

*La Riqueza del hogar* no sólo atiende á satisfacer aspiraciones legítimas, sino á procurar un bien altamente moralizador en el seno de las



familias. ¿Quién puede calcular los estragos que causa una mala dirección en las tareas domésticas, y los gastos ruinosos que produce el tener que confiarlos todos á sastres y modistas? La mujer cristiana debe atender por sí misma á las labores domésticas, pues la Santísima Virgen le dió ejemplo hilando la lana y tejiendo la tela de la túnica de su Divino Hijo.

Ahora sólo nos queda recomendar á nuestros suscritores la propagación del prospecto, debiendo advertir que cada suscriptor puede pedir, sin variar el precio, todos los ejemplares que desee para su familia y sus allegados.

Ojalá que nuestros buenos propósitos se vean coronados con el mayor fruto, el cual no puede ser otro que el promover la restauración de las buenas costumbres antiguas y las prácticas de la vida cristiana.

MODESTO RIERA.

## REVISTA

**L**os reyes de Portugal han dejado á Madrid penetrados de viva gratitud por los obsequios que se les han dispensado. Bien puede decirse que no hay fiesta cortesana, ni espectáculo aristocrático, que no se haya ofrecido á Sus Majestades fidelísimas. Han morado en los mejores salones del regio alcázar; han presenciado una fiesta hípica de las más brillantes y concurridas; han visto el Teatro Real en el esplendor de una función de gala; han asistido al Tiro de pichón; la Diputación provincial, dueña de la Plaza de Toros, ha ofrecido á los reyes lusitanos una corrida extraordinaria; han visto á la Corte española, deslumbradora y regocijada, en un baile regio y otro particular; han visitado los jardines de Aranjuez y los monumentos de Toledo... ¿Qué fiestas hemos olvidado que pudieran recrear el ánimo de nuestros huéspedes?

Una gran solemnidad en la catedral de Toledo, ó en el monasterio del Escorial, hubiera sido imponente; la procesión del *Corpus*, con la asistencia de las dos Cortes, hubiera sido un espectáculo edificante. Una visita de los reyes á los hospitales de Madrid, hubiera sido conmovedora; una gran comida á los pobres, hubiera entusiasmado al pueblo... pero todas estas fiestas, con su carácter religioso y caritativo, hubieran chocado con las costumbres modernas, refractarias á las antiguas, que mantenían la estrecha alianza del altar y del trono, y la no menos saludable de los monarcas y de los pueblos.

Por eso las Cortes española y portuguesa dedicaron el día del *Corpus* á visitar los jardines y la yeguada de Aranjuez, y fueron á buscar á Toledo, no el aroma del incienso que brota de los muros venerandos de su catedral, sino la impresión estética de sus obras artísticas.

Los reyes de Portugal han tenido un olvido manifiesto. ¿Cómo no han preguntado por la suntuosa fundación de Doña Bárbara de Braganza, ilustre esposa de Fernando VI, princesa de Portugal, que vino á honrar con sus virtudes la Corte castellana, dejándonos con su sepulcro un monumento magnífico de su desprendimiento y de su piedad? ¿Cómo no han preguntado por las Salesas Reales, donde la reina Doña Bárbara mandó grabar el escudo de su egregia stirpe portuguesa?

Cuando los reyes Don Manuel y Don Sebastián vinieron á España, su primer visita fué para el sepulcro del Apóstol Santiago, y en la Corte de Felipe II trató Don Sebastián con el gran monarca de los medios de reducir á los infieles africanos. La historia no dice que se les agasajara con carreras de caballos, ni tiro de pichón.

Fuerza es convenir en que los tiempos han cambiado mucho. ¿Cuáles serán, á los ojos de los siglos venideros, más gloriosos para las monarquías cristianas?

Mientras los actuales reyes de Portugal disfrutaban de las fiestas dispuestas en su obsequio, en el desierto coro de las Salesas Reales (despojadas por los actuales cortesanos del grandioso monasterio que les donó la munificencia de Doña Bárbara de Portugal) yacía envuelto en las sombras de la oscuridad y del olvido el sepulcro de esta ilustre reina, acompañado por los humildes fieles que han asistido á la novena del Sagrado Corazón de Jesús, celebrada en su iglesia por los Padres Redentoristas.

Alguna tarde que nosotros hemos asistido, de rodillas junto á las rejas del coro, volvíamos la vista al interior de aquella oscura y desierta estancia, y entre las sombras, al amortiguado resplandor de las luces del altar, nos parecía columbrar á la piadosa

reina sentada en su sepulcro, llorando su soledad, y lamentando los infortunios de sus dos patrias, la patria de sus padres, ilustrada por las virtudes de Santa Isabel, y la patria de sus súbditos, glorificada por las hazañas de San Fernando.

El murmullo de las oraciones del templo resonaba con ecos indecisos en el coro desamparado, y nos hacía el efecto de oír las dolientes plegarias de la reina portuguesa, plegarias tan tristes como el recuerdo de un bien perdido, tan pavorosas como las de un alma atribulada, tan amargas y desgarradoras como las de una víctima sacrificada por la perfidia de enemigos arteros é implacables.

Gracias al celo incansable y fecundo de los Padres Redentoristas que han restablecido el culto en aquella iglesia, los egregios fundadores pueden todavía gozarse desde su sepulcro con las armonías del órgano y con los ecos de la palabra divina; pero las religiosas que ellos establecieron allí, dueñas del grandioso edificio, fueron echadas á la calle por la revolución para asentar sobre el inicuo despojo el trono de la Justicia, y la restauración que debió restaurar el monasterio, no sólo por respeto á la justicia ultrajada, sino por justo homenaje á la voluntad de los reyes fundadores, ha dejado á las monjas en la calle, sancionando de este modo el atentado de la revolución.

¿Qué mucho que los actuales reyes fidelísimos no hayan ido á visitar el sepulcro de Doña Bárbara, monumento de la piedad de una princesa de Portugal? Tampoco han ido al Escorial, sin duda porque no es grato á los hijos de este siglo evocar los recuerdos de los pasados, ni contemplar, como no sea para aventarlas, las cenizas de nuestros antepasados.

Hemos citado la novena del Corazón de Jesús celebrada en las antiguas Salesas, y debemos añadir que ha sido solemnísimas. ¡Es admirable la fecundidad prodigiosa de las obras católicas! Los Padres Redentoristas se encargaron tres años há de la magnífica iglesia del exmonasterio de Salesas. Los Padres son pocos, la mayor parte extranjeros, pobres como buenos religiosos, y sin embargo han establecido un culto tan constante, tan solemne y tan fervoroso, que á juzgar sólo por el aspecto de la iglesia, no parece sino se mantiene íntegra, como en sus mejores tiempos, la fundación de Don Fernando y Doña Bárbara.

La fiesta del Corazón de Jesús fué solemnísimas, y el decorado del altar mayor el más brillante y artístico que hemos visto en funciones de esta clase. El celoso P. Acevedo echó en él sin disputa el resto de su buen gusto italiano.

¿Cómo se hace todo esto? De limosnas. Y circunstancia digna de añadirse: esas limosnas no provienen por lo regular de los grandes capitalistas que deslumbran con sus trenes y joyas, sino de los pobres y humildes cristianos que viven de su trabajo, y á los cuales compensa Dios el sacrificio de sus limosnas con bienes de mayor precio, como son en este mundo la tranquilidad de la conciencia, y en el otro la gloria perdurable.

Nada menos que tres Exposiciones hay abiertas en estos días en Madrid: la de Minería, la de Horticultura y la de Bellas Artes.

A decir verdad, ninguna es completa en su género, y sin embargo no se puede negar que todas son interesantes. Son ensayos de Exposiciones, porque este es nuestro fuerte, los ensayos: lo ensayamos todo y no completamos nada.

A diferencia de nuestros mayores, que hasta las obras por su naturaleza efímeras y transitorias construían con solidez, desafiando los estragos del tiempo, como por ejemplo el campamento de Santa Fe, que es una ciudad hermosa y bien construída, nosotros lo hacemos todo á medias y aun á tercias y quintas, sin otro afán que salir del paso, aunque el paso sea en falso.

Cuando los reyes de España fueron á Lisboa, se les obsequió con la apertura de una Exposición de Bellas Artes, y era preciso corresponder con igual obsequio, superándolo si era posible. Vean ustedes por qué nos hemos provisto de materiales para tres Exposiciones, sin reparar en la falta de tiempo, anhelosos de ostentar nuestras improvisaciones á los ojos de los portugueses.

La de Bellas Artes vale poco como Exposición, es decir, como colección de obras nuevas; la de Horticultura es un bello ornato del Buen Retiro, y la de Minería, que es la más original y la más surtida, dista mucho de ser expresión fiel y exacta del estado de las industrias cerámicas y metalúrgicas.

Pero si las tres Exposiciones las miramos desde su verdadero punto de vista, como imanes de la novelería madrileña y lugares de recreo donde se

puedan dar cita las personas desocupadas, es preciso reconocer que tanto la de Minería como la de Horticultura son bellísimas y encantadoras, verdaderos jardines de delicias, llenos de atractivos para el público que los visita y puede disfrutarlos.

Incompetentes en las industrias representadas en esas Exposiciones, no hemos de pedantear aquí hablando por referencia; lo único que diremos es que ni la de Horticultura puede echar plantas, ni en la de Minería es oro todo lo que reluce.

El que no se haya tomado la molestia de estudiar la historia de la decadencia bizantina, que preparó el entronizamiento de los turcos en Constantinopla, puede verla reproducida en nuestras costumbres contemporáneas.

Hemos estado abocados á una crisis ministerial, á un conflicto parlamentario en ambas Cámaras, á una crisis municipal, á un grave trastorno en la Diputación provincial, y no sabemos á cuantos disgustos más... ¿Por qué dirán ustedes? Por el reparto de los billetes gratuitos para la función extraordinaria de toros celebrada en obsequio de los Reyes de Portugal.

La corrida era como todas en punto á las condiciones de la lidia; los diestros los que torear todos los domingos en Madrid. ¿Por qué tanta intriga y tanto furor para lograr billetes que en las funciones ordinarias por poco precio y con facilidad se obtienen?

Porque los desenfrenos del lujo, arrebatado por la hidrópica sed de placeres y la codicia de explotar al país contribuyente no tienen límites, y la función del día 30 era de lujo y costeada por una corporación del Estado.

El Congreso se reunió en sesión secreta para devolver los billetes, que le parecieron pocos; el Senado hizo otro tanto; lo mismo hizo el Ayuntamiento, que no parecía sino que peligraban las altas instituciones políticas de la nación. Es posible que en este caso no se hubieran acalorado tanto los ánimos.

La corrida de toros de la Diputación ha sido tan completa, que la misma Diputación, y con ella otras corporaciones del Estado, han quedado también corridas. ¿Qué mucho, si hasta se han corrido los billetes?

La Diputación provincial, por no ser menos que los picadores de las cuadrillas, ha puesto una pica... en Flandes. Con tan buenos diestros, excusado es decir que en la corrida no han faltado descabellos.

Por fin está viajando para Munich el cuadro del Sr. Pradilla, *La rendición de Granada*.

El pintor solicitó este favor del Senado, comprometiéndose á reparar gratuitamente los desperfectos que pueda sufrir el cuadro. Y puesto á discusión el asunto, se resolvió, por 52 votos contra 16, acceder á la demanda del artista, enviando el cuadro á la Exposición alemana.

No aprobamos el voto de la mayoría, porque los ofrecimientos del pintor, por valiosos que sean, no destruyen las razones en que se fundó la negativa. ¿Quién asegura que si este cuadro se perdiere, el artista podría reproducirlo con perfecta identidad, con la misma inspiración que el primero? Y si el cuadro padece deterioros, por bien restaurado que quede, ¿no habrá perdido algo, por poco que sea, de la corrección y esmero de su forma más acabada?

Demás de esto, ¿qué importancia tiene lá Exposición de Munich para exigir este viaje de un cuadro tan valioso? Si se tratara de una Exposición universal en cualquiera de las grandes capitales de Europa, menos mal; pero la Exposición de Munich no vale la pena de un trabajo de esta clase.

Sea como quiera, el cuadro estará á estas horas en el muelle de la estación de Munich, junto á los fardos de mercancías que trasporta el comercio.

Los Reyes Católicos y los ilustres capitanes del sitio de Granada no han tenido más remedio que aguantar la debilidad del Senado español.

Bien se conoce que están pintados.

El Rdo. Obispo de Santander ha realizado ya su pensamiento de mantener en Roma algunos jóvenes seminaristas para que perfeccionen sus estudios de lógica y filosofía en el Seminario Romano. El 26 de Mayo, fiesta de San Felipe Neri, se dignó el Soberano Pontífice recibir en audiencia privada á estos jóvenes seminaristas, conversando con ellos por más de media hora. El Papa celebró con encarecimiento la feliz idea del Prelado, y expuso su deseo de que imiten tan buen ejemplo otros Obispos de España.

Nos complacemos en dar publicidad á estos hechos, que redundan en elogio de un Prelado tan



querido para nosotros como el de Santander, y que revelan los deseos de la Santa Sede respecto al establecimiento en Roma de un seminario español como los que allí mantienen otras naciones de la Cristiandad.

\*\*\*

En la histórica Torre de los Lujanes, donde celebra sus sesiones la Academia de Ciencias morales y políticas, tuvo lugar el domingo 3 del corriente una solemnidad que no sabemos haya tenido precedente y que será difícil se repita. Celebróse la recepción del Sr. Arzobispo de Sevilla Fr. Zeferino González, con asistencia del Nuncio de Su Santidad, del Cardenal Arzobispo de Toledo, del Sr. Obispo de Cádiz, y no recordamos si algún otro Prelado.

El discurso del insigne filósofo tomista fué escrito y presentado a la Academia en 1874; pero las atenciones episcopales del autor fuera de Madrid y las ocupaciones políticas del académico encargado de la contestación dilataron el acto, que con aplauso de todos los hombres estudiosos y literatos se acaba de celebrar, aprovechando la estancia en la Corte del nuevo Arzobispo de Sevilla.

El tema del discurso es el siguiente: «Indaguemos, dice el sabio dominico, la razón por qué, no ya la España, sino la Europa toda, en medio y a pesar de su brillante civilización, presenta a los ojos del observador menos reflexivo síntomas innegables de corrupción y de muerte, y se agita, como el moribundo en su lecho, lanzando angustiosa mirada hacia lo porvenir.» Más abajo continúa el ilustre Prelado: «En mi humilde juicio, la causa principal originaria, ya que no única, del malestar que esteriliza y detiene la marcha de la sociedad por los caminos del bien, es esa grande negación encerrada y oculta en el principio racionalista; es la negación de Dios, principio generador del mal en todas sus formas, bien así como la afirmación de Dios es el principio generador del bien; es esa especie de universal ateocracia que, después de arrancar a la sociedad de su natural base y centro, paraliza sus movimientos, agota y consume sus fuerzas vivas. Trabajada por corrientes ateas en sus ciencias, en sus artes, en sus leyes, en sus instituciones y costumbres, esta sociedad no evitará, no puede evitar, los serios peligros que la amenazan, si no abre de nuevo su inteligencia y su corazón a las corrientes vivificantes del teísmo cristiano; si no busca su centro de gravedad y su ley de vida en la grande idea cristiana de Dios, revelada a la humanidad por el Verbo mismo del Padre, desarrollada y conservada en el mundo por la Iglesia católica.»

El desarrollo de este asunto llena 83 páginas de lectura compacta, páginas hermosas donde resplandece la clarísima luz de la filosofía cristiana, realizada por el talento del sabio P. Zeferino.

Sin exageración puede afirmarse que pocas veces ha oído la Real Academia de Ciencias morales un discurso de recepción tan notable como éste; verdad es que no abundan en estos tiempos los filósofos de la talla del ilustre dominico, cuyas sienes ciñen los laureles de la virtud más acrisolada y del saber filosófico más puro y excelente.

Quiera Dios conservarnos por muchos años al Prelado insigne y al filósofo profundo, para que la luz de su talento y de sus obras contraresten la acción de las tinieblas que acumula sobre esta sociedad el espíritu moderno, sentado en sombras de muerte.

NULEMA.

## CRÓNICA

**T**ODAVÍA resuenan en todo el Imperio moscovita los alegres ecos de las grandiosas fiestas celebradas en Moscu con motivo de la coronación de Alejandro III. La revolución no ha podido cumplir sus terribles amenazas.

En cambio el pueblo, que trabaja y paga los impuestos, ha dispensado un entusiasta recibimiento a su emperador.

Al leer las reseñas de estas fiestas monárquicas, a las que han concurrido tantos pueblos y tantas razas, se siente uno trasladado a otros siglos en que el espíritu monárquico, no debilitado por las revoluciones, vivía más robusta vida que por desgracia vive ahora.

Otro hecho llama también la atención en estas fiestas y explica el anterior. A pesar del cisma, la verdad es que en las fiestas de coronación del czar ha reinado más espíritu religioso que en los actos de los monarcas que se titulan católicos. Estos prescinden cuanto pueden de Dios en la vida pública; el czar ha invocado constantemente su santo nombre desde que penetró en Moscu.

No hay para qué hablar casi de las fiestas en sí

mismas. A su tiempo dimos a conocer el programa, y éste se ha cumplido con exactitud rigurosamente militar.

Cientos de miles de luces eléctricas y de bengala alumbraban de noche el palacio del Kremlin, que habitaban los Emperadores, y los edificios públicos de la antigua capital de Rusia. Al banquete dado al pueblo por sus soberanos asistieron cerca de 400.000 personas de todas clases y condiciones, de todos los pueblos y razas que forman parte de aquel imperio.

Todos los Estados de Europa y de Asia han tenido representantes en la solemnidad: desde el imperio de Alemania a la República francesa; desde el imperio turco a la República suiza.

Mons. Vannutelli, antiguo delegado apostólico en Constantinopla, y Nuncio electo en el Brasil, ha representado a León XIII en las ceremonias civiles de la coronación, que claro está que no podía autorizar con su presencia las ceremonias religiosas.

Quede consignado un último detalle: Alejandro III ofreció solemnemente a Mons. Vannutelli, en el discurso que le dirigió al recibirle, que protegerá cuanto pueda el culto católico en sus Estados.

¡Moscu y Madrid!... ¡Qué contraste! En Moscu el pueblo, lleno de entusiasmo, victorea a sus soberanos con un ardor propio de los siglos en que más robusto vivió el espíritu monárquico. Aquí... corramos un velo. Las últimas fiestas... han sido lo que son esta clase de solemnidades en España hace ya no pocos años.

\*\*\*

La prensa rusa, a la vista del espectáculo dado por el pueblo de Moscu, olvida la terrible enfermedad que padece su patria, y habla de emprender nuevas guerras. ¡Como si la negra asociación que asesinó a Alejandro II no pudiese armar un brazo homicida que al más pequeño descuido derribe a Alejandro III, que no es más querido del pueblo que su padre! ¿Y qué sería entonces de Rusia, entregada en el interior a los horrores de la revolución, mientras en el exterior se vería obligada a luchar con sus eternos adversarios?

Quieren los diarios de San Petersburgo que se conquisten para su patria la Armenia y la India inglesa. Así se compensará Rusia de las ventajas obtenidas por Inglaterra con la ocupación de las fértiles orillas del caudaloso Nilo.

Como el intentar de una vez estas dos conquistas, obligaría a los rusos a entrar en guerra con Inglaterra y con Turquía a la vez, pide la prensa rusa que se invada y ocupe la Armenia, y que sólo cuando la posesión de esta región asiática esté asegurada, se lleve a cabo la conquista de la India inglesa.

Hasta ahora la prensa de Londres no ha entrado en polémica con la de San Petersburgo sobre estas pretensiones.

¿Serán Inglaterra y Turquía las potencias designadas para dar las prendas que necesita para su sostenimiento la nueva amistad que parece germinar en los Gabinetes de Berlín, de Viena y de San Petersburgo?

En este caso, debe esperarse que el día menos pensado avancen los ejércitos austriacos que ocupan a Bosnia y Herzegovina hacia la Salónica, para ocupar nuevas provincias turcas.

\*\*\*

La ocasión no puede ser más favorable para la realización de los planes que se atribuyen a los imperios del Norte.

Francia, que debe estar profundamente disgustada de Inglaterra por la conducta que esta potencia siguió en Egipto, se ve obligada a emprender una guerra en el Tonkin, con lo cual queda impedida moral y materialmente de poder auxiliar a los ingleses contra los imperios del Norte.

Y no se crea que la guerra del Tonkin revestirá escasa ó ninguna importancia, por tratarse de una lucha entre un ejército bien organizado y disciplinado y un pueblo bárbaro ó poco menos.

Se ha averiguado que asistieron a la destrucción del pequeño ejército francés que acaudillaba el comandante Rivière, muerto valerosa y honradamente en el momento en que la pelea era más encarnizada, soldados annamitas, y lo que es más grave, soldados chinos, como es consiguiente bien armados y disponiendo de buenos cañones.

Francia se ha apresurado a organizar un ejército para vengar la derrota sufrida; ¿pero qué le sucederá si los bárbaros del Tonkin que cuando les conviene se reúnen en número de sesenta ó setenta mil, disponen del armamento necesario, y son instruídos y organizados militarmente por los soldados annamitas y chinos?

Más grave que todo esto sería, a no dudarlo, que

sucediese lo que anuncian los diarios rusos como cierto; es a saber: que China acudiese en defensa del Tonkin y lograra detener en su marcha al ejército francés.

Los periódicos de París se consuelan como pueden del dolor que les ha producido esta noticia. Recuerdan que, en efecto, la escuadra china no puede luchar con la escuadra acorazada de Francia, que es la segunda potencia marítima de mundo.

Pero olvidan que la lucha, si llega a formalizarse, no será por mar, sino por tierra, y que además todas las escuadras de Francia no podrán evitar los daños que causarán al comercio francés en Asia los buques de segundo y de tercer orden de que disponen los chinos.

No debe dejar de consignarse aquí que la guerra del Tonkin ha encontrado a los franceses tan desprevenidos como la franco-prusiana, y esto a pesar de que desde hace un año venía anunciándola como inevitable toda la prensa de París.

Hay naciones que nunca escarmientan. Para ellas las lecciones de la experiencia pasan siempre en vano.

\*\*\*

Ya que la realidad de las cosas nos obliga a anunciar nuevas guerras, demos cuenta aquí de que la paz ha recobrado su imperio en las orillas del Pacífico. Las repúblicas que habiendo nacido hermanas parecían haber jurado su exterminio, han comprendido al fin la necesidad en que están de volver menos la vista a lo pasado y de mirar más a lo porvenir.

Todavía no se conocen en Europa con exactitud las condiciones de la paz; pero por lo que ha adelantado el telégrafo, puede desde luego afirmarse que Chile ha sabido sacar de la situación las mayores ventajas posibles. Ha conseguido el objeto que se propuso al declarar la guerra a Bolivia, y al emprenderla luego contra el Perú.

En realidad, lo peor del caso no es para esta República perder una parte de su territorio, sino quedar exhausta, como queda, de recursos y entregada además a los horrores de la guerra civil. Los chilenos, en el período de su ocupación, han saqueado el Perú como en otras épocas los pueblos conquistadores solían saquear a los pueblos conquistados.

En este punto no es posible leer sin impresionarse vivísimamente las cartas de Lima que publica la prensa de Buenos Aires y de Río Janeiro.

¡Quiera el cielo que los peruanos sepan hacerse superiores a sus desgracias, y que desechando sus divisiones intestinas no tengan otra aspiración que la nobilísima de curar cuanto antes las heridas de la patria, para elevarla luego a un puesto muy superior al que antes tenía en el concierto de las Repúblicas americanas!

Para esto ayudarán mucho al Gobierno de Lima los sentimientos profundamente religiosos de la inmensa mayoría de los peruanos.

\*\*\*

Apartemos por un momento la vista del terreno candente de la política, para fijarla en otro: hablemos de la persecución religiosa en Francia é Italia, y especialmente de los hechos que se han producido con motivo de la solemne fiesta del *Corpus Christi*.

Las autoridades republicanas de Francia se han dividido en tres categorías: unas han permitido las procesiones del *Corpus Christi* y han tomado parte en ellas; otras las han tolerado, y otras, finalmente, las han prohibido.

Donde estas procesiones han tenido lugar, el pueblo se ha apresurado a acudir a ellas con gran fervor y piedad, dando pruebas bien claras y evidentes de su celo y entusiasmo religioso. Así ha sucedido en algunos barrios de París, en algunas capitales de provincia, y sobre todo en los pueblos no dominados por los sectarios.

Debe hacerse constar que en los puntos en que las autoridades no han opuesto obstáculos para ello, el ejército se ha asociado a los demás fieles, rivalizando en manifestaciones de adhesión a la Iglesia. Eso ha motivado que los diarios radicales de París denuncien a varios generales, entre ellos al general Lajaille, como reos del delito de clericalismo.

Desgraciadamente, en muchos puntos los alcaldes republicanos han prohibido las procesiones, y los católicos han tenido que limitarse a adorar a Dios en el interior de sus templos.

Esto sucedió, entre otros puntos, en Marsella. En esta ciudad la procesión tuvo lugar en el interior de la magnífica iglesia de San Martín. Iba exclusivamente compuesta de hombres: era tan considerable su número, que las mujeres no pudieron tomar parte en ella. Todos cantaban con gran fervor.

Examinando con detenimiento las noticias que sobre la celebración de la solemnidad del *Corpus*



*Christi* en Francia publica la prensa de París, se ve claramente que el sentimiento religioso, lejos de disminuir, ha aumentado considerablemente en el pueblo francés en los últimos años.

Felicitémonos por ello.

\*\*\*

También en algunos puntos de Italia los prefectos del Quirinal han prohibido las procesiones.

En Génova esta disposición de las autoridades estuvo á punto de ocasionar un gravísimo conflicto.

La procesión se celebró en el interior de la magnífica catedral. No sólo se hallaba ésta llena de gente, sino que lo estaban también la gran plaza y las calles inmediatas, que son de las más espaciosas de aquella ciudad.

A instancias de aquella muchedumbre inmensa de fieles, el Arzobispo dió la bendición al pueblo desde lo alto de la puerta central de la iglesia. La policía quiso impedirlo, el pueblo se enfureció; pudo temerse por un momento que se alterara seriamente el orden público. Sólo se restableció la calma cuando los fieles supieron que la policía no había puesto las manos sobre su Prelado.

En Rusia, como en Francia, como en Italia, los revolucionarios están en evidente minoría. Sólo la apatía de los buenos les permite tiranizar á la nación.

D. ISERN.

### LA FIESTA NACIONAL.

**Q**UEBRANTADO el cuerpo y regocijado el ánimo, aquél por los efectos y éste con el recuerdo de las fiestas y jolgorios de estos días, hállome respecto de mis lectores en una situación difícil.

Pide el espíritu auxilio á la materia para dar forma y apariencia gráfica á las ideas que en confuso montón pugnan por derramarse en el papel; y la materia, representada por músculos, nervios, vasos y células, se resiste á la faena.

Pide el cuerpo al espíritu solaz y descanso para reponerse de sus pérdidas dinámicas; y el espíritu, haciendo oídos de mercader, le recuerda el compromiso contraído con el Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y le muestra las frías cuartillas esperando recrearse y vivificarse con los signos caligráficos que ha de trazar sobre ellas la pluma agitada por una mano calenturienta.

No hay, pues, remisión ni tregua.

Y puesto que ello es preciso, veamos de salir del paso del mejor modo posible, y sigamos ejecutando variaciones sobre el tema que me he impuesto en mis anteriores artículos.

Pero al menos permítaseme elegir para hoy el más brillante de los arpegios, la nota más saliente y el motivo más popular y más patriótico de esta sinfonía de las públicas diversiones.

¡Atrás, teatros de ópera, de zarzuela, de drama, de comedia y de polichinela! ¡Atrás todo espectáculo cantado, tocado, hablado, bailado ó descoyuntado!... *Paulo majora canamus.*

Cantemos el espectáculo por excelencia, el Excelentísimo Sr. Espectáculo; el que resume y compendia todos los goces, todas las emociones, todas las alegrías, todos los anhelos, todos los encantos y las ilusiones todas del pueblo español...

¡Cantemos los toros!

Y cantémosles, no con el pedestre acompañamiento de la bandurria callejera, sino con los robustos piporrazos de la trompa épica.

Confieso, antes de pasar más adelante, que me asalta un escrúpulo. La fiesta de los toros, ¿puede en conciencia ser considerada como una simple diversión ó juego público?

Yo bien sé que en esta última categoría la clasificaba Don Alonso *el Sabio* cuando en la primera Partida, tít. 5.º, ley 57, prohibiendo la asistencia de los Prelados á determinados *juegos públicos*, sólo hace mención de los de *alansar, bofardar y lidiar toros*. Pero de entonces acá, lo que empezó por juego, y no de los más comunes, ha venido á constituir una parte integrante de nuestra vida social, una condición indispensable de nuestro mecanismo civil, una fase típica de nuestro carácter.

Hoy los toros son algo más que un juego. Si me dejara llevar de mi entusiasmo taurino, diría que son una institución.

Algunos han querido comparar las corridas de toros con los espectáculos del Circo en la antigua Roma. Esta comparación yo la rechazo como depresiva para nuestra fiesta nacional. No: á la salvaje grandeza de la lidia de toros no llegó jamás la ferocidad, por decirlo así, anodina de aquellos juegos tan queridos del pueblo romano porque no conocía los nuestros.

Entre el combate de los gladiadores, esto es, de

hombre contra hombre, y el combate de un diestro con un toro, hay la misma diferencia que entre una comedia de Terencio y una tragedia de Echegaray; hay tanta distancia como de la vía Apia á la calle de Alcalá.

Ni crean ustedes al pie de la letra á los historiadores que nos pintan, con colores tan vivos como la púrpura de Tiro que entoldaba el Circo romano, la febril afición de aquella plebe á los juegos sangrientos. Es cierto que solía gritar en el Foro ó desde el monte Aventino: *¡Panem et circenses!* á la manera que los españoles hemos gritado muchas veces en tumultuosos pronunciamientos: *¡Abajo el ministerio!* Pero aquel mismo grito indica que los romanos antepusieron el pan á los juegos circenses.

¡Ah! Si algún gobierno impopular y tiránico intentase hoy en España suprimir las corridas de toros, como lo hizo Carlos III, nos echaríamos á la calle todos los que consideramos este espectáculo como inseparable de nuestra nacionalidad, y no gritaríamos parodiando á los descendientes de Rómulo: *¡Pan y toros!* sino que rugiríamos: *¡Toros y pan!*

Tampoco pueden equipararse á nuestras corridas de toros (concediendo que tengan alguna más analogía con éstas) las fiestas del Anfiteatro, cuyo carácter era más bien el de una carnicería que el de una lucha regular y ordenada. Si alguna ventaja tenían sobre las nuestras, era por razón del número de las víctimas y la variedad de las fieras que en ellas se corrían. Pero las fiestas del Anfiteatro eran el bárbaro entretenimiento de un pueblo envilecido. Los individuos de la especie humana que vertían su sangre en la arena, eran ó esclavos sobre quienes tenían sus señores derecho de vida y muerte y á quienes se consideraba como *cosas*, ó cristianos, con menos consideración aún que los esclavos. Para aquellos espectadores era más preciosa la vida de un magnífico león de la Libia ó de un soberbio tigre de Hircania, que la de cien seres humanos, que podían ser reemplazados fácilmente.

Nuestras corridas de toros son muy superiores á aquellas luchas repugnantes. Hay en ellas, al lado del sublime horror que produce la vista de un hombre volteado en los aires ó clavado contra la arena por las astas de un toro, cierta nobleza, cierta dignidad, cierta elevación que imprimen un sello especial á esta fiesta. Aquí no se trata de triunfar de una fiera por los medios comunes que puede emplear el hombre en casos tales: es necesario que la lucha tenga, en lo posible, las condiciones de un duelo; es preciso acometerse frente á frente y con movimientos elegantes y formas corteses. El público protesta indignado y apostrofa con las frases más enérgicas del vocabulario de las tabernas al desdichado diestro que hiere al toro en la arteria yugular, en vez de herirle en los *rubios* (que es una región anatómica no descrita en los tratados de Veterinaria). En este y en otros casos, el público se pone de parte del toro, con quien no se han observado las reglas prescritas para esta clase de desafío.

Los romanos rebajaban los hombres á la condición de las fieras; nosotros elevamos las fieras á la condición de los hombres.

Los detractores de las corridas de toros, gentes mal avenidas con todo lo que sobresale un tanto del nivel vulgar y prosaico, se esfuerzan en acumular argumentos para demostrar que debe proscribirse esta diversión... ¡Pobres mentecatos, ridículos moralistas que creen poder luchar contra la pública opinión como se lucha contra un toro embolado!

Puede pasar que allá en los tiempos oscurantistas, que en el siglo XIII por ejemplo, se pusiera el estigma de infames á los que *lidian con bestias bravas por dinero* (Ley 4.ª, Part. 7.ª, título de los *enfamados*); pero ¿qué sabía el *Rey Sabio* de estas cosas? ¿Ni cómo podía presumir que aquellos á quienes marcaba con el hierro de la ganadería de la *infamia*, llegarían algunos siglos más tarde á ocupar, como si dijéramos, una delantera de grada en el circo social; á estrechar la mano y frecuentar el trato de la aristocracia de la sangre y de la aristocracia del dinero; á ser, en fin, personajes y á saber leer y escribir algunos de ellos?

Tampoco es extraño que la católica reina Isabel, después de asistir á una fiesta de toros en Medina del Campo, manifestase profunda repulsión á este espectáculo y hasta indicase su propósito de proscribirle. Al fin era mujer y mujer piadosa, y pueden perdonársela estos escrúpulos, que hoy harían reír á cualquier señorita de las que realzan con su presencia las corridas de toros.

Yo no me canso de admirar á esa parte la más hermosa del género humano (después de los toreros), á esas nobles damas, á esas púdicas doncellas, á esas tiernas niñas, á esas honradas menestralas, á esas buenas mujeres del pueblo, llenando la feroz parte de las localidades de la plaza, animando con sus expresivos ojos y graciosas sonrisas

á los espectadores del otro sexo; encantando al vista con sus blancas mantillas y elegantísimos trajes; agitando sus pañuelos para saludar al matador que tiende á sus pies, de un soberbio *volapié*, al terrible cornúpeto que acaba de matar seis caballos y de herir á dos picadores.

Y sin embargo, ustedes como yo, han tenido ocasión de conocer á muchas de esas *aficionadas* en su vida íntima y familiar. Todas ellas son buenas cristianas y piadosas feligresas en sus respectivas parroquias, y estoy seguro, segurísimo, de que, á pesar de su pasión por el espectáculo nacional, se privarían de asistir á él si no supieran que está dispuesta la Extremaunción, en un lugar reservado del edificio, para el caso *previsto* de que uno ó varios hombres resulten mortalmente heridos en estos juegos con las fieras.

La influencia que ejercen los toros sobre la mujer española es superior á cuanto puede imaginarse. Una señorita nerviosa, delicada, pálida, especie de sensitiva con polisión, que ayer alborotó la casa y la vecindad porque vió cruzar por el comedor un ratoncillo, vé con indiferencia un toro de Veraguas derribando jinetes y acometiendo peones. La que no puede presenciar sin sufrir síncope y convulsiones una sencilla operación de flebotomía, contempla impasible la sangre que arroja á borbotones y los intestinos que suelta por metros el caballo despedazado por el toro... ¡Y todavía seguiremos llamando sexo débil al sexo femenino español!..

Pero advierto que he llegado al límite que se me ha impuesto para mi *brega* literaria cuando me han dado la *alternativa* en esta plaza. Mucho me queda por decir; pero es tarde, hay que *rematar* de cualquier modo este artículo, y... ahí le tienen ustedes *descabellado*.

BLAS.

### ORÍGENES

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

según los recuerdos de sus primeros miembros.

(Conclusión.)

El domingo 13 de Abril de 1834 debía celebrarse el aniversario de la traslación de las reliquias de San Vicente de Paul en la capilla de los PP. Lazaristas de la calle de Sévres. Se había preparado una nueva caja de plata, ricamente adornada, para recibir el cuerpo del santo. Estos restos venerables, piadosamente conservados hacia cerca de dos siglos, se habían sacado, á consecuencia de la revolución de 1789, de la urna que los contenía para evitar una profanación. De este modo, sólo pudo destruirse la urna. Los restos se hallaban provisionalmente depositados en una pieza ó sacristía, contigua á la Capilla de los Lazaristas, detrás del altar. Mr. Bailly, Presidente de la Conferencia, obtuvo para ella el permiso de visitar, la víspera de la ceremonia, las reliquias del Santo que había escogido como patrono. Noticiosos de este favor, y muy contentos por haberlo alcanzado, los miembros de la Conferencia se presentaron, en número de cerca de sesenta, en la mañana del 12 de Abril, en la Capilla de los Lazaristas. Después de oír Misa, pasaron á la sala inmediata, en la que se encontraba expuesto el cuerpo, revestido con sus ornamentos sacerdotales. Era fácil distinguir los rasgos característicos de su fisonomía, bajo la cubierta que los protegía y delineaba sus contornos. Todos los concurrentes se arrodillaron y oraron en silencio y con gran recogimiento. Después fueron uno en pos de otro á besar los pies de aquel que, semejante á su Divino Maestro, había pasado por la tierra haciendo bien. En presencia de las santas reliquias, la mente de los jóvenes asociados se elevaba sin esfuerzo hacia el mundo invisible, desde donde el alma gloriosa de su santo Patrono podía verlos y bendecirlos.

El 6 de Mayo de 1834, á petición de Sor Rosalía, se designó á varios miembros para enseñar ortografía á tres jóvenes obreros de una casa de la calle de Vaugirard.

El 27 de Mayo siguiente, los miembros de la Conferencia quisieron tener el gusto de asistir á la procesión del Corpus en el pueblecito de Nanterre. Noticioso de su proyecto, el párroco lo aprobó y mostró su agradecimiento por esta obra de pública edificación, que se repitió en los años siguientes de 1835 y 1836, en *Nanterre* y *Batignolles*.

Era natural que el buen éxito de la asociación hiciera germinar en el espíritu de sus miembros el deseo de extenderla y de multiplicar sus frutos. Veían que, aunque en humilde esfera, era útil á los pobres; y comprendían sobre todo que lo era para ellos mismos. La fe, la piedad, todos los afectos buenos y puros del corazón humano, encontraban alimento en estas relaciones cristianas entre jóvenes, á las



que podían entregarse con toda la expansión de su edad, bajo la presidencia de un hombre esencialmente bueno, apacible y prudente. Sintieron, pues, la necesidad de ensanchar el círculo de su acción, y de tiempo en tiempo este deseo salía á luz en sus conversaciones. Correspondiendo á él, el Jueves Santo, 27 de Marzo de 1834, Le Taillandier y Lallier se habían citado en casa de Ozanam para ocuparse en el proyecto de una gran Asociación de buenas obras que comprendiese á las provincias y á París. Pero la entrada de otras visitas impidió á los tres amigos profundizar el asunto.

A todo esto, las sesiones de la Conferencia, que se había hecho muy numerosa, no ofrecían ya el encanto de la intimidad primera. La distribución prolongada de bonos, á la que rara vez acompañaban noticias sobre las familias que se visitaban, la hacía perder mucho de su interés. Era frecuente el distraerse en alguna conversación particular con los más inmediatos. En la sesión del 29 de Abril de 1834 se acentuaron sin duda estos inconvenientes; porque á la salida de la Conferencia, á eso de las diez de la noche, Ozanam, Devaux y Lallier se pusieron á hablar sobre ello más de una hora, paseándose de un extremo á otro de la plaza del Panteón. Entonces se preguntaron por vez primera si no convendría que la Conferencia se dividiera en secciones, en las cuales pudieran conocerse mejor, y en las que sería posible volver á hallar la intimidad y el encanto de los primeros tiempos.

Esta pregunta no había de recibir respuesta hasta el año siguiente; pero se discutió más de una vez, sin que por otra parte se perdiera de vista el proyecto de difundir la Sociedad en provincias. En efecto, el 10 de Junio de 1834, Ozanam presentaba á la Conferencia á uno de sus antiguos compañeros que estaba de paso en París, Mr. Curnier, de Nîmes, que había manifestado el deseo de asistir á una sesión. Esta ofreció el interés de costumbre: no hubo otro incidente extraordinario sino la entrega, que hizo un consocio discípulo de Mr. Ingres, de 35 francos, como producto de una colecta especial en el estudio de su maestro, para los pobres de la Conferencia. Terminada la sesión, Mr. Curnier dió gracias á los socios por su fraternal acogida, y manifestó su propósito de establecer en Nîmes una reunión de jóvenes en todo semejante á la que acababa de presenciar. Realizó en efecto su proyecto á principios de 1835.

El 19 de Junio de 1834, gracias á un paso casi oficial que dió Mr. Bailly, el presbítero Faudet, que hacía ya algunos meses se había puesto al corriente de las obras de la sociedad, consintió en asistir á una de las sesiones, que se celebró, por conveniencia suya, el viernes 27 de Junio, en vez del martes, que era el día de las reuniones. La sesión fué como las demás, si bien Lanoue leyó una Memoria de las obras de la Conferencia desde el principio del año escolar. Hacía notar, entre otras cosas, que los gastos, que principalmente consistían en la distribución de bonos á los pobres, se habían elevado á 1.401 francos. Cuando el presbítero Faudet tomó asiento en la presidencia, su fisonomía, habitualmente seria, casi severa, tenía algo de triste. No tardó en animarse al ver las prácticas francas y sencillas de esta reunión de jóvenes, y con verdadera cordialidad puso término la sesión, pronunciando paternales palabras de aliento y estímulo. La colecta participó de la satisfacción general, y produjo 50 francos.

Había entonces en la calle de Grés, en el barrio de las Escuelas, una casa de corrección para los jóvenes detenidos, de los cuales la mayor parte no tenía religión ni principios, y estaban casi completamente abandonados á sí mismos, sobre todo bajo el aspecto religioso. Uno de los socios de la Conferencia, Leprevost, concibió el proyecto de darles los primeros elementos de instrucción cristiana, esperando formar en ellos, sobre esta base, una inteligencia recta y una voluntad sana. Lo manifestó á sus compañeros, y varios de ellos ofrecieron secundarle; pero para entrar en la casa era necesaria la autorización del Presidente del Tribunal civil, que lo era entonces Mr. de Belleyme; y ninguno de los socios tenía relaciones con él. Al fin se encontró uno que conocía á un amigo suyo, y por su medio se entablaron negociaciones. Mr. de Belleyme acogió con gran benevolencia estos deseos, y á fines de Julio de 1834 concedió el deseado permiso. Inmediatamente se emprendió la obra de los jóvenes detenidos. Leprevost, Ozanam, Lamache y Le Taillandier se consagraron á ella muy especialmente.

«En la mayor parte de estos pobres jóvenes, dijo Lamache en la Memoria de 1842, hallaron una ignorancia completa de las nociones elementales de la Religión, y en algunos una impiedad refinada; allí vieron esos prodigios que son el triste privilegio de París: ateos de 15 años que poseen á la perfección

á los filósofos de su escuela, y que responden á una pregunta del catecismo con un sarcasmo de Voltaire. A pesar del poco consuelo que experimentaban los socios de la Conferencia que iban todas las semanas á encerrarse algunas horas en aquel lazareto moral, continuaron sus lecciones más de dos años, hasta el día en que los jóvenes detenidos fueron trasladados de la calle de Grés á las prisiones de las *Madelonnettes*, en un extremo de París.»

A la obra de los jóvenes detenidos substituyó más tarde, á principios de 1836, la de los aprendices huérfanos de San Vicente de Paul.

Las vacaciones de 1834 no interrumpieron la visita á los pobres. De allí en adelante, muchos de los socios vivían en París, del que nunca salían, y entre ellos Leprevost, algo mayor que sus consocios y de una salud dudosa, pero con un celo que suplía las fuerzas que le faltaban.

Al comenzar de nuevo el año escolar, los ausentes no tuvieron que hacer más sino tomar su sitio en el hogar común. Las reuniones no habían cesado. De provincias iban trayendo numerosos amigos. Ozanam escribió el 15 de Octubre de 1834: «Os llevaremos á París una tanda de buenos lyoneses, que aumentarán nuestras reuniones, y á decir verdad, sólo me interesa ya la Conferencia histórica como medio de reclutar socios para la Conferencia de caridad.» Ozanam cumplió su palabra, y el número de los miembros de la Conferencia no tardó en pasar de ciento desde Noviembre á Diciembre de 1834.

Los inconvenientes que ya habían previsto varios de los socios al tiempo de sus primeros crecimientos, se hicieron desde entonces tan sensibles, que fué preciso volver á pensar en dividir la Conferencia en secciones. Puesto á discusión este punto, por iniciativa de Ozanam, en la sesión del martes 16 de Diciembre, encontró muchos opositores. La primera objeción se fundaba en la imposibilidad de que Mr. Bailly presidiese todas las secciones. Mr. Bailly había dado hospitalidad á la sociedad naciente; la había guiado con sus consejos en los primeros pasos; todos se habían acostumbrado á su dirección; su presidencia parecía indispensable, y era de temer que las secciones que se vieran privadas de ella, decayeran y llegaran tal vez á disolverse. En vista de estas objeciones, no se tomó resolución alguna.

Quince días después, el 30 de Diciembre, Arthaud renovó la proposición para dividirse en secciones. Se nombró una comisión que la examinase, la cual se reunió. Desde el siguiente día, 31 de Diciembre, fué tal el interés con que se tomó el asunto, que asistieron á la comisión varios miembros que no formaban parte de ella, y hasta intervinieron en la discusión, que fué acalorada. Ozanam sostenía el proyecto de división, que combatía vivamente Brac de la Perrière. Le Taillandier temía, sobre todo, el golpe que con la separación iban á recibir las fraternales relaciones establecidas entre los socios, y al pensar en ello no podía contener sus lágrimas. La sesión se prolongaba, la oposición de los espíritus y la emoción general iban en aumento, cuando el reloj dió las doce de la noche. Al oír este anuncio del año nuevo, Mr. Bailly, también muy conmovido, se levantó y dijo: «Hace ya tiempo que estas discusiones y estas incertidumbres debilitan mi salud: no me encuentro en disposición de continuar en ellas. Empieza un nuevo año: abracémonos, y dejadme que tome yo las disposiciones convenientes para satisfacer á todos los deseos.» Al oír estas palabras, todos los socios se levantaron y se abrazaron cordialmente, haciéndose mutuas felicitaciones.

El martes siguiente, 6 de Enero de 1835, Mr. Bailly nombró dos nuevas comisiones, una compuesta de partidarios de la división y otra de adversarios. Celebraron varias sesiones, y en la del 27 de Enero se adoptó un proyecto de división en dos secciones, que ambas habían de reunirse en casa de Mr. Bailly. Cada sección celebraría su sesión particular, consagrada á la distribución de bonos; después los miembros de las dos secciones se reunirían en Junta general para votar los socorros extraordinarios, deliberar sobre la admisión de nuevos socios, y hacer la colecta. Con estas medidas se creía poder evitar lo triste de la separación.

Apoyándose en este acuerdo, Mr. Bailly anunció en la sesión del 24 de Febrero siguiente, que la Conferencia se dividiría en dos secciones, que se reunirían desde la semana siguiente en dos distintas salas. Una de ellas se formaría de los miembros que visitaban á los pobres del 12.º distrito, y en la *Cité*; otra de los que visitaban á los pobres del 1.º, 10.º y 11.º distrito. Los pobres del primer distrito estaban á cargo de socios que habitaban en el barrio de San Felipe *du Roule*, entre los cuales se contaba Clavé, y á pesar de la distancia, iban todas las semanas á la Conferencia, que se reunía en la plaza de la Estrapada.

Mr. Bailly, conservando la presidencia de la So-

ciudad, designó á Ozanam para Vicepresidente de la primera sección, y á Brac de Perrière para Secretario. La segunda sección tuvo por Vicepresidente á Levassor, al menos así lo dicen las actas<sup>1</sup>, y á de Thury por Secretario. Picard fué nombrado Tesorero de la primera sección, y Leprevost de la segunda.

En la sesión del 10 de Febrero anterior, había dado á conocer Ozanam una carta de Mr. Curnier, que anunciaba la creación en Nîmes de la Conferencia en que había prometido ocuparse. Esta noticia no dejó de influir en la resolución de Mr. Bailly, de dar á la Sociedad el desarrollo que las circunstancias parecían exigir.

Una de las primeras medidas que tomaron las dos secciones reunidas fué la de imprimir bonos para los pobres, con el nombre de la Sociedad de San Vicente de Paul. Estos bonos substituyeron de allí en adelante á los que antes les cedían las Hermanas de la Caridad.

El 7 de Abril siguiente, Lallier reemplazó á Ozanam en la vicepresidencia de la primera sección, que había tomado el nombre de sección del barrio de Santiago. Al mismo tiempo, Leprevost reemplazaba á Levassor en la sección segunda, llamada del barrio de San Germán.

Terminada la reunión de la sección segunda, se reunía con la primera en el anfiteatro. No tardaron en notarse los inconvenientes de esta manera de proceder. A veces la primera sección concluía la distribución de bonos antes que la segunda, y no se sabía como emplear el tiempo que faltaba hasta la reunión de ambas. Otras, la segunda sección había ido más de prisa, y su intempestiva llegada introducía el trastorno en la primera. El martes 12 de Mayo, por ejemplo, la llegada del Presidente, á la cabeza de su falange, al anfiteatro en que se reunía la sección de Santiago, causó una confusión que costó trabajo deshacer.

Por otra parte, el número de socios de cada sección iba creciendo con la admisión de otros nuevos, y muchas veces las dos sesiones que se celebraban conforme á los acuerdos tomados, se prolongaban hasta bien entrada la noche. Este último inconveniente era muy grave para los que vivían en barrios distantes. Por esto Clavé y sus amigos, que vivían en el barrio *du Roule*, no tardaron en manifestar su deseo de formar una sección separada; y este deseo era muy natural y muy legítimo para que no fuese favorablemente acogido.

La primera reunión de esta nueva sección se celebró el lunes 25 de Mayo de 1835, en casa de Clavé, calle del barrio *du Roule*, núm. 20, bajo la presidencia de Mr. Catruffo. Ozanam y Lallier asistían á ella. Uno de los socios de la nueva Conferencia, de los últimamente admitidos, insistió mucho en que toda la Conferencia entrase en la Cofradía del Rosario viviente, no conociendo, decía, otro fundamento mejor para una Sociedad de caridad. Los consocios más antiguos le hicieron notar que era necesario dejar á cada cual entera libertad para adoptar tal ó cual práctica piadosa, y no tratar de imponérsela, si no se quería hacer, ya que no imposible, al menos difícil el aumento de socios para el servicio de los pobres.

Desde el barrio *du Roule* al del Panteón hay larga distancia. Los socios de la nueva sección quisieron acompañar á los antiguos hasta la calle Real, y éstos renovaron su visita el 29 de Junio siguiente.

El 30 de Junio, otro socio solicitaba á su vez el establecimiento de una cuarta sección en la parroquia de la *Buena-nueva*, muy distante también de la plaza de la Estrapada. Presentaba al mismo tiempo tres candidatos, que vivían, como él, en esa parroquia, y contribuirían á formar el núcleo de la nueva sección. Su petición fué acogida, y para evitar todo retraso se acordó al momento la admisión de los tres.

Desde el 16 de Junio anterior, Le Taillandier había sucedido á Lallier en la presidencia de la sección de Santiago, y Maubout, en la sección de San Germán, á Leprevost.

El 19 de Julio de 1835 todas las secciones de la Sociedad se reunieron en la Capilla de los Padres Lazaristas para celebrar la fiesta de su Santo Patrono. En la Misa mayor, de las nueve, comulgó gran número de socios. Volvieron á reunirse á las dos y media, hora de Vísperas; y á las ocho de la noche se celebró la Junta general en el local de las sesiones. Se animó con una rifa en favor de los pobres.

En 1835 fué cuando se dió principio á la formación de una biblioteca y de un vestuario para el uso de los pobres.

Las vacaciones se acercaban, y como en los años anteriores, la mayor parte de los jóvenes habían de ir á reunirse con sus familias. Pero quedaba en cada sección bastante número de socios para que la visita

1 Al parecer Levassor nunca desempeñó estas funciones, por haberse ausentado de París.



de los pobres no se interrumpiese. El presidente general Mr. Bailly pudo en la sesión del 29 de Setiembre, es decir, en plenas vacaciones, sostener las dos secciones reunidas de Santiago y San Germán, con el personal y las obras de las dos secciones de San Felipe du Roule y de la Bonnewille.

A la vez que se afirmaba y extendía de este modo, comenzaba la Sociedad a ser conocida, aun cuando profesaba por principio no buscar la publicidad.

En la sesión de 10 de Febrero de 1853 recibió, además de una nueva visita del señor Cura de San Esteban del Monte, la de Mr. Pissin-Sicard, hijo adoptivo del presbítero Sicard, y Director de un establecimiento de sordo-mudos en Bélgica.

El martes 30 de Marzo siguiente, Mr. de Rainneville se presentó en ella para pedir señas de jefes de taller, bajo cuya dirección se pudieran colocar con seguridad aprendices u obreros procedentes de provincia.

El 15 de Abril, los hermanos que dirigían la Escuela cristiana de la calle de San Martín, pedían jóvenes de buena voluntad para que les ayudaran en las clases nocturnas, dedicadas a los adultos. Le Taillandier y Esteve se ofrecieron a ello.

El 28 de Mayo los mismos hermanos formulaban una nueva petición: la de que se hicieran algunas breves pláticas, después del curso de música, los domingos por la noche.

El 16 de Junio se ofreció a la Sociedad la cantidad de 250 francos para los pobres. Se componía de 20 francos del presbítero Augé, Director del colegio de Estanislao; 30 francos, producto de una colecta hecha en una reunión de jóvenes, y 200 que enviaban los alumnos del Colegio de Juilly.

Hacia fines de 1835, el número de miembros admitidos desde el principio llegaba a 250, y parecía llegado el momento de darles una organización regular. Por esto, cuando terminaron las vacaciones y todos los miembros se hallaban reunidos de nuevo en París, resolvió Mr. Bailly dar a la Sociedad de caridad un reglamento escrito. Encargó a Lallier que lo redactase, reservándose escribir algunas reflexiones preliminares para colocarlas a su cabeza.

Hizo que al mismo tiempo se dieran pasos para proporcionarse en el barrio de San Germán un local a propósito en que pudiera reunirse en adelante la sección del mismo nombre, y formar, con las Conferencias de San Felipe du Roule y de la Buena nueva, y la sección de Santiago, cuatro ramas completamente distintas del mismo tronco. Este local lo cedió gratuitamente, en la casa que ocupaba la Sociedad de San Francisco de Regis, calle de Cassette, esquina a la calle de Vaugirard, Mr. Gossin, su Presidente. Mr. Gossin no conocía entonces a la Sociedad de San Vicente de Paul, de que más tarde había de ser Presidente general; y sólo concedió la hospitalidad a la sección de San Germán a condición de que la presidiese Chaurand, que le era personalmente conocido como miembro de la Sociedad de San Francisco de Regis.

El 8 de Diciembre de 1835, fiesta de la Inmaculada Concepción, una de las que celebraba la Sociedad, en la Junta general de la noche dió a conocer Mr. Bailly el reglamento y las consideraciones preliminares redactadas por él. Estas consideraciones, casi textualmente tomadas, en su mayor parte, de los escritos de San Vicente de Paul, se adaptaban tan perfectamente al pensamiento y a las miras de todos los socios, que fueron acogidas con la más completa y simpática adhesión.

Hecha esta lectura, Mr. Bailly, tomando desde entonces el título de Presidente general de la Sociedad de San Vicente de Paul, nombró vicepresidente general a Leprevost, secretario general a Brac de la Perrière, y tesorero general a Devaux. Estos cuatro socios debían formar el Consejo de dirección de la Sociedad.

En la sección de San Germán, que llevaba el nombre de Conferencia de San Sulpicio, era Chaurand el presidente, Le Taillandier secretario, y Delalce tesorero.

A Ozanam se le nombró presidente de la sección de Santiago, que tomó el nombre de Conferencia de San Esteban del Monte, siendo Renard el secretario, y Picard el tesorero.

El primer acto de la Conferencia de San Sulpicio fue fijar para sus reuniones los martes a las siete, para que los socios tuvieran tiempo de ir a la Conferencia de San Esteban del Monte y detenerse allí algunos instantes con sus consocios.

Constituida así la sociedad de San Vicente de Paul, atravesó el año de 1836. El primer domingo de Cuaresma se celebró la primera junta general de las cuatro Conferencias reunidas. Durante las vacaciones, cierto número de jóvenes lyoneses, que habían terminado sus estudios en París, fundaron en Lyon el 16 de Agosto de 1836 la primera Conferencia de provincia después de la de Nimes. Esta

había sufrido un eclipse pasajero, pero iba a revivir. Los miembros de la Conferencia de Lyon reservaron a Ozanam, aunque ausente, la presidencia de su reunión. Al comenzar el año de 1837, como lo atestigua la correspondencia inserta en el Manual de la sociedad, se establecieron relaciones continuadas y periódicas entre las Conferencias de París y las de Lyon, Nimes, Rennes y Nantes, donde otros consocios establecían nuevos centros, y el desarrollo de la Sociedad comenzó a hacerse con la regularidad pacífica y prudente que es propia de las obras cristianas. Este desarrollo, así como la vida y las obras de la Sociedad de San Vicente de Paul, están desde esta época consignados en muchas Memorias y documentos, y no necesitamos recordarlos aquí. Limitémonos a dar gracias a Dios porque, después que se dignó bendecir el movimiento de piedad cristiana que reunió a nuestros primeros miembros, ha hecho a sus sucesores la gracia de permanecer fieles a su programa que consiste en

«Aprender a conocerse y amarse.  
» Aprender a conocer, amar y servir a los pobres de Jesucristo.»

## COSTUMBRES POPULARES

### EL JUEGO

—Tío Donato, ¿le ha ocurrido a usted alguna de las escenas que nombro, en las muchas veces que ha tenido los naipes en su mano?



A hablar del asunto con que encabezo estas líneas, no me propongo, ni mucho menos, averiguar el origen del juego; pues, según yo creo, debe ser tan antiguo como nuestro padre Adán, porque también Adán, en el mucho tiempo que vivió después del pecado, pasaría sus ratos de aburrimiento y querría endulzarlos con alguna distracción ó juego propio del tiem-

po en que vivía y de las gentes con quienes se trataba. Tampoco pretendo descifrar si la palabra naipé viene ó no viene del griego *Nap*, y de si los naipes fueron inventados en tiempo de Luis XI, ó de Luis XIV, ó de Luis ochenita, cosas que me importan á mí tanto como á ustedes, que deben tener otras de mayor importancia, á no ser algún desocupado semejante al primo aquel que acompañaba á Don Quijote en su excursión á la cueva de Montesinos, quien descubrió que el barajar se usaba ya en tiempo de Durandarte.

Voy á hablar, señores míos... de lo que ustedes verán si continúan leyendo, del juego que se usa entre los amigos de las aldeas, de las diversiones con que entretienen sus ratos de ocio los sencillos campesinos, de las obras con que cumple generalmente el tercer precepto de la ley de Dios que nos manda santificar las fiestas.

En los pueblos que por tener quinientas ó más almas se consideran como matrices de los demás,

hay tres clases de personas, las *personas decentes*, en cuyo número entran el cura, el médico y el boticario, si los hay, y algún labrador rico de pantalón ó empleado con sueldo que se permite el lujo de llevar reloj, la *aristocracia de los calzones* que comprende los mayores contribuyentes y muchos de los *tios* que necesitan criado para trabajar su hacienda, ó por lo menos peones para hacer la siega (la burguesía, como dicen los señores afrancesados), y por último el vulgar, la clase jornalera, la que necesita de sus manos para ganar el pan de cada día. El veterinario, el barbero y el secretario del Ayuntamiento, que muchas veces suele también ser sacristán ó organista en los pueblos donde hay órgano, forman una clase, como si dijéramos, neutra, que se asocia con las personas altas ó con las bajas, según los humos y las circunstancias pecuniarias de los personajes aludidos. También es persona decente el maestro de la escuela, aunque por punto general en cuestión de dinero anda como suele decirse á la cuarta pregunta.

Los juegos son también distintos y característicos en estas tres clases. Los que antes jugaban á la *malilla* y al *solo*, y ahora juegan al tresillo, que es el juego de moda, son las personas decentes; la brisca, el guñote y el tute caracterizan á la clase segunda, los que tienen vino en su casa y no van á la taberna sino en casos extraordinarios; y por último, el *mis*, el *truque* y algún otro de los que yo no me acuerdo ahora son los juegos que usan las personas de jarro, las que se sientan en el portal de las tabernas y llevan manchas de vino en la baraja con que juegan y hasta en la camisa que se pusieron limpia por la mañana, si era día que les tocaba el mudarse.

Y basta ya de prólogo, que pudiera muy bien haber excusado, pues todo el mundo conoce, sin necesidad de que yo se lo diga, las clases de gentes que hay en la aldea donde nació.

### II

Hallábame yo días pasados en un pueblo cercano al mío, á donde suelo acudir muchas veces, porque allí reside la mayor parte de mi familia, y por no parecer mal educado, cosa que sentiría en el alma, fui una tarde á devolver algunas visitas que me habían hecho las *personas decentes* de aquel pueblo. No tuve necesidad de ir á casa de cada uno en particular, pues les encontré á todos reunidos en una jugando al tresillo. Componían el juego el Galeno, el Garrido, el Mentor y el veterinario. También les acompañaba, aunque no en el juego, el Licinio ó rapa-barbas.

Eran estos señores personas de buen humor, muy amigos de jugar y divertirse, aunque no por esto descuidaban sus principales obligaciones.

En el pueblo los llamaban con el técnico nombre de *arquitectinos*, porque así solían llamar los antiguos á los criados de la mesa. Algún socarrón les habría confirmado con ese nombre.

—Felices tardes, señores, dije al entrar en la sala donde se hallaban mis amigos. Y levantándose todos, porque es uso y costumbre entre personas bien educadas el levantarse cuando algún conocido entra, nos saludamos con mucha amistad y contento.

—Sigan ustedes su alegre tarea, dije así que concluimos las ceremonias indispensables á todo saludo.

Quisieron obligarme á que les acompañase en el juego, mas de ningún modo permití que ninguno de aquellos señores se levantara, porque aquella tarde no estaba yo sin duda con humor de jugar.

Viendo mi resolución, no me instaron ya más para que les acompañase. Continuaron jugando.

—¿Y qué tal? añadió dirigiéndome al corro, ¿se divierten ustedes mucho?

—No es cosa, respondió el veterinario. Lo jugamos barato.

—¿Qué? ¿A usted le gusta jugarlo caro?

—Mejor que de este modo.

—Pues para mí sueldo, añadió el Mentor, es bastante así. Yo me divierto mucho más jugando á este precio.

—Así es verdad, dijo Galeno en tono sentencioso. El que juega únicamente por divertirse debe jugar barato, pues de otro modo, si pierde, padece muchísimo. Aun jugando poco interés, no está uno libre de la agitación que acompaña al juego.

—Váyale al veterinario con esas músicas, dijo Licinio.

—¿Qué quiere decir eso, Sr. Barbero? repuso el veterinario.

—Quiere decir que usted es un vicioso.

—Gracias por la lisonja.

—No las merece. Yo llamo viciosos á los que miran en el juego un medio de ganar ó perder más de lo que se debe.

—Y yo llamo indecentes á los que dicen lo que les da la gana y no guardan á los demás las consideraciones que se merecen.

—Silencio; no vayan ustedes á alborotar el cotarro. El Mariscal, dijo Garrido, quiere jugar caro porque siempre gana.

—Eso sucedería si nunca perdiera.

—Ya está usted hecho buen pájaro, volvió á decir el Sr. Licinio.

—Ya me está usted cargando hasta los ojos señor rapista.

—¡Señores, por Dios! exclamamos todos median-do en el asunto.

—Lo que usted ha dicho no suena muy bien.

—Suene como quiera.

—Pues hace usted el favor de no hablar mucho.

—Hable usted, don bellaco, de su madre.

—Y usted, desvergonzado, se cuidará muy bien de repetir lo que ha dicho.

—¿Qué no?

1 Médico, boticario, maestro, etc.



LAS BARCAS PESCADORAS. CUADRO DE DALBONO.

A la luz del crepúsculo vago  
Blancas velas bogando se ven,  
Como cisnes que cruzan el lago  
Y se mecen en dulce vaivén.

En su marcha, con blando reposo,  
De la noche burlando el horror,  
Atrás dejan el mar tenebroso  
Y atraviesan por él sin temor.

Ya las miro bogar impacientes,  
Cada vez con más vivo afán,  
Y cortando las ondas bullentes  
A la playa acercándose van.

Y ya, entrando en el puerto querido,  
Cortan raudas el aire sutil,  
Qual palomas que vuelan al nido  
Desplegadas en bando gentil.

Son las barcas que arroja á la anchura  
Del coloso el audaz pescador,  
Y que vuelven trayendo la hartura  
Al hogar en que espera el amor.

¿Dónde está tu poder, Oceano,  
Que á la tierra amenazas tragar,  
Y cortando las ondas bullentes  
Tus tesoros te saben robar?

Tú podrás, si el Señor de los mundos  
Deja libre tu atroz frenesí,  
Sepultar en tus senos profundos  
Cuanto surja delante de tí.

Pero en tanto, ya humilde, ya bravo,  
Aunque inmenso te ves sin igual,  
Del Creador ciego y misero esclavo,  
Gemirás á los pies del mortal.

Y del hombre el glorioso albedrío  
Anulado jamás ha de ser;  
Se verá sin poder y sin brío,  
Pero libre será su querer.

Y jamás en su frente atrevida  
Dejará de lucir el fulgor  
De la llama impalpable encendida  
Por el soplo del Sumo Hacedor.

Y el abismo del pecho que encierra  
De su cuerpo la cárcel ruin  
No llenará cuanto hay en la tierra  
Y del mar en el ancho confin.

Cese, cese mi triste desvelo;  
Sea un himno, Señor, mi cantar;  
Tú le diste á esta sombra del suelo  
Pensamiento más alto que el cielo,  
Corazón más profundo que el mar.

F. SÁNCHEZ DE CASTRO.



— ¡Silencio, señores! dijimos otra vez los que habíamos escuchado aquellas palabras tan impropias de una reunión alegre y juguetona. Y por aquella vez contuvimos los ánimos de los alborotadores que, amostazados, ya querían convertir la sala de juego en campo de batalla.

— No hay que incomodarse, caballeros, exclamó Galeno jovialmente. Y poco después añadió:

— ¡Caramba! ¿qué buenas cartas me echa usted, Sr. Boticario?

— Juego.

— Bien.

— Bien.

— Copas triunfo.

— A jugar bien, Sr. Maestro, dijo el veterinario después de haber ido al robo, a jugar bien, que *esta va al plato*.

Siguieron jugando, mas no bien sin duda, pues el médico, en vez de ir al plato, se llevó la jugada.

— Se ha portado usted muy mal Sr. Maestro, dijo el Mariscal cuando concluyeron.

— ¿En qué?

— ¿No lo han visto ustedes? La culpa tiene quien se pone a jugar con quien no sabe.

— Eso no es decir nada.

— Es decir mucho. Si usted hubiera fallado aquel rey de oros, otra cosa hubiera sido.

— Yo no quería *endosarme*.

— Es que no sabe usted jugar.

— ¿Cómo que no?

— Ni pizca. Si lo hace usted así siempre, perderá hasta las orejas.

— Es cosa que no le importa a usted nada.

— A la vista está si me importa o no.

— Está usted demasiado cargante, seor albeitar. Y es usted muy orgulloso.

— ¿Cómo?

De repente la escena se puso seria. El albeitar, rugiendo de ira, se abalanzó al Mentor como un energúmeno y éste se preparó a defender su puesto con no menores bríos. El Galeno quiso apaciguarlos, mas al meterse en medio recibió un tremendo golpe de Licinio, que a la defensa del maestro acudía. Aquel desacierto del barbero, fué causa de que el médico interviniese en la pelea como parte interesada en favor del Mariscal.

Eran de ver los puñetazos y bofetadas que allí se daban y sin mirar a quién; de tal modo los había cegado el enojo. Allí volaban la baraja, los dineros y demás utensilios del juego; en una palabra, aquello era la confusión más espantosa.

El boticario y yo permanecimos mudos espectadores de aquel drama, escarmentados del mal éxito que había tenido la tentativa de Galeno.

Atraídos por la curiosidad y el alboroto grande que allí sonaba, acudieron a la sala de juego los de la casa y algunos que por la calle iban a la sazón, pero entre todos no conseguimos componer aquel disturbio.

Algún mal intencionado, deseoso de hacer mayor burla de los *arquitectos*, y porque el suceso se divulgase, fué a casa del Sr. Alcalde rogándole se presentara con dos vecinos en el lugar del alboroto. El Sr. Alcalde era uno de esos hombres que desean representar a toda costa, y mucho más en casos como aquel; así que apenas tuvo la noticia, desuniciendo la yunta que entonces de labrar venía, y empuñando el bastón ó junco (no sé lo que era) de autoridad, se presentó donde estábamos sin poder apaciguar todavía a los camorristas.

— ¡Alto, señores!... gritó el alcalde apenas llegó.

Aquel ¡alto! pronunciado con voz estentórea, finalizó la contienda, quedándose en el estado en que la voz les había cogido, pues generalmente la vista de un funcionario de la justicia impone mucho más que las razones y los esfuerzos de un cualquiera.

Los contendientes parecían *Ecce-homos*. El combate que habían tenido tan sin pensarlo, les había puesto en un estado deplorable. Todos tenían llena de sangre la cara y magulladas las costillas con tan descomunales golpes.

Yo no sabía si reirme ó qué hacer, aunque tengo para mí que si tal hiciera, también yo hubiera llevado algún torniscón ó sillazo. Me parecía asistir al combate que tuvieron en la famosa venta D. Quijote y los suyos después de la excursión a Sierra Morena. Y el que más se asemejaba a Sancho, hasta en el papel que hacía, era el Médico.

— ¿Qué es esto señores? ¿Tienen ustedes vergüenza? dijo el Sr. Alcalde con ronca voz.

— Usted nada tiene que ver aquí, replicó el barbero no satisfecho sin duda con el resultado de la riña.

— ¿Cómo que no? Ustedes van ahora mismo a la cárcel los cuatro, a ver si allí tienen lugar de aplacarse.

— Con usted no va nada, dijeron a una voz todos los que allí había.

— ¡Chitón! ¡A la cárcel! ¡Yo lo mando!

Y no hubo remedio. De grado ó por fuerza fueron los cuatro a la cárcel. Mas el alcalde a pesar de lo que le habían dicho los presos, se compadeció al fin del estado en que se hallaba aquella pobre gente, y considerando que la cárcel no era el lugar más a propósito para curar heridas ni desvanecer sofocaciones, les mandó salir y les acompañó a sus casas respectivas.

Yo también me marché a la mía alegrándome y maravillándome, a la vez, de haber salido ileso de aquella tormenta.

En el camino oí el siguiente diálogo que dos mujeres sostenían.

— Chica, ¿has oído lo de los arquitectos?

— Sí, hija, sí; ¡pero ves qué cosas pasan!

— Ya ya; y dicen que el *Madriscal* está muy malo.

— Y el médico creo que tiene *pormonia*.

— ¿Y los otros? ¡Si vieras cuánta sangre echaban por las narices!

— El barbero es el peor. Bien hecho le está.

— ¡Calla, calla, qué cosas! ¡Y luego dirán que los demás no tenemos crianza!

— ¡Jesús, hija, qué hombres! ¡En manos del señor alcalde paran los juegos de las personas decentes!

### III

El día 7 de Marzo, que celebra la Iglesia la fiesta del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, que, dicho sea de paso, es uno de los más grandes Santos y sabios del mundo católico, celebra también el tío Tomás de mi pueblo el aniversario de su natalicio. Aquel día son los días del tío Tomás.

Y ya comprenderán ustedes, lectores míos, que un tío Tomás que celebra sus días no es un tío cualquiera; pertenece, si no a las personas decentes, porque al fin es tío Tomás, pues de otro modo se llamaría D. Tomás, por lo menos, a la aristocracia de los calzones. El día de Santo Tomás visitan a nuestro héroe multitud de personas, *mejor dicho personajes* de ambos sexos.

— Que celebre usted los años por muchos días, dice el tío *Pelechín* que llega por ver si logra algún trago de vino ó alguna copa de aguardiente.

— Que llegue usted, tío Tomás, al año que viene con tanta *salú* como este año, en compañía de la tía Macaria, el Ruperto y demás familia, añade el tío *Minote*, que detrás del *Pelechín* y con sus mismas intenciones venía.

— Que cumpla usted cien años sin llegar a viejo, dice un chulo ó un bobo que entra después de los anteriores.

Y por este tenor recibe el tío Tomás felicitaciones a porrillo mientras dura el día de su día, felicitaciones que oye con la boca abierta como si alguna cosa buena estuviese oyendo.

Peró aparte de esto, el tío Tomás cree que no celebraría sus días con la solemnidad que debiera, si no convidase a comer, ó por lo menos a tomar el chocolate de la tarde, siquiera a media docena de personas de las que se llaman sus amigos, para pasar el día alegremente jugando.

Como el tío Tomás ha sido alcalde muchas veces, no se le olvida llamar al secretario para que le acompañe en este célebre día, y se reúnen además el tío Antonio, el tío Ambrosio, el tío Nicomedes, el tío Manolo, y algún otro de los mayores contribuyentes del pueblo.

Reunidos ya en la sala del tío Tomás, que tiene sus trastos lo mejor arreglados que puede, porque la tía Macaria es muy curiosa para estos días, charlan y beben vino, y si son seis, arman una brisca tres a tres, y si ocho, dos corros de guiñote para jugarse un realejo ó una pesetilla, según los bríos y el buen humor de cada cual.

— Tío Antonio, dice el tío Tomás, entre usted y yo les jugamos al tío Nicomedes y al secretario.

— Ya estamos, dice el tío Nicomedes frotándose las manos de gusto.

Y acto continuo se colocan en derredor de una mesa y comienza el juego.

— ¿Saben ustedes, dice el secretario, que ha venido ya concedida la corta de leña que habíamos pedido al Gobernador?

— ¿Ya ha venido?

— Sí, señores. Aquí traigo el *Boletín*.

— ¿Y cuántos robles vienen?

— Ochenta.

— Y el capataz, ¿ha venido ya por aquí?

— Ya vino ayer y hablamos del asunto.

— Pues lo que deben ustedes hacer ahora, dijo el tío Ambrosio, es contentar al capataz aunque sea con doscientos reales, y que nos deje cortar siquiera ciento veinte robles.

— Así lo haremos. Lo malo es que el capataz es un ladrón y nos llevará un ojo de la cara.

— Estamos perdidos en estos tiempos con esa canalla, exclamó el tío Antonio. Hoy todos los funcionarios son unos ladrones. Si antes el secretario servía por una onza de oro ó treinta duros a lo más, hoy quiere tres mil reales y aún no está contento.

— Hombre, por Dios, no diga usted eso, tío Antonio, repuso el secretario algo mohino; si antes había que hacer una cosa, hoy hay trescientas con estos pícaros gobiernos.

— *Na, na*; lo dicho. Yo lo que veo es que usted bien se pasea por esas calles de Dios cuando quiere, y va a cazar con la perdiz mientras yo tengo que estar trabajando. Aquí no hay más que pillería.

— ¡Pero, Señor! Si serán ustedes... no sé lo que iba a decirles. ¿Quieren que uno no descansa ni sosiegue nunca? ¡Majo sería que fuéramos a hacerles las labores del campo después de estar uno siempre hecho un esclavo!

— Y también será majo que esté usted hecho un vago riéndose de los que le pagan el sueldo! No, señor, eso no va bueno. Yo no quiero que usted venga de peón conmigo, quiero que usted sea como debe ser y nada más. Y no diga usted que somos brutos, que acaso seremos más honrados que usted.

— Si yo no me meto en que usted sea como le dé la gana. Yo lo que digo es que a mí ni ahora ni nunca tiene nadie por qué decirme nada.

— ¡Ca! Esa es grilla. Diga usted, ¿por qué me han recargado ustedes a mí este año los consumos?

— Yo nada tengo que ver en eso, dijo el secretario medio aturrido y cayéndosele las cartas de la mano. El alcalde y la Junta sabrán por qué lo han hecho.

— ¡El alcalde! Usted es quien tiene la culpa de todo. El alcalde es un animal y usted es otro. Pero la culpa tiene el que pone burros en portillo.

— Si vuelve usted a insultarme le tiro a los sesos lo primero que encuentre.

— Lo que debía usted tirarme eran sus hígados, gran pillo. ¿Cree usted que yo no me acuerdo de cuando se vendieron las oyas, y de otras muchas que usted nos ha hecho?

— En mi casa no se riñe, tío Antonio, dijo el tío Tomás con tono grave.

— Déjelo usted, replicó el tío Ambrosio, que bien merece oír el secretario cuanto le digan.

— Lo que ustedes merecen, replicó el secretario, es que los tratasen según lo brutos que son.

— ¿Cómo que somos brutos, don tunante?

— Sí, señores. Son ustedes insufribles; sería mejor oficio el de domador de fieras, que el de secretario de un pueblo. Pero yo les aseguro a ustedes que, ó pierdo el nombre que llevo, ó me la han de pagar, exclamó el secretario saliéndose de la reunión sin que nadie pensase en detenerle y dando por vía de despedida un gran portazo con la puerta de la sala.

— Póngase usted, tío Manolo, en su puesto, dijo el tío Tomás cuando el secretario se hubo marchado.

— Y dejémonos de bromas, añadió el tío Ambrosio.

— La verdad es, dijo el tío Nicomedes, que ha estado usted muy duro con él.

— He estado como merecía. ¿Les parece a ustedes bien que callémos, y luego esos tunantes hagan lo que quieran?

— Juegue usted y calle, tío Antonio.

— Veinte en oros.

— Pero aunque digan ustedes lo que quieran, volvió a decir el tío Nicomedes, no debía el tío Antonio haberle dicho tanto.

— ¿Y por qué?

— Porque es muy feo traer a colación esas cosas cuando son tan sin venir al caso.

— ¿Pues qué? ¿No trataba él de ladrón al guarda-montes.

— Y es verdad.

— Pues también es verdad lo que yo le he dicho al secretario.

— A jugar, señores. Las cuarenta.

— Buen golpe. Yo creo que usted, tío Nicomedes está de parte del secretario.

— Yo estoy de parte de quien lleva la razón.

— Tan tunos serán los que dan la razón al secretario como él.

— ¿Y a mí, qué me dice usted con eso?

— ¿Lo quiere usted más claro? Pues le digo a usted que si aprueba lo que el secretario hace, será tan pillo como él.

— Poco a poco con decirme a mí pillo.

— Yo digo siempre las verdades a todo el mundo.

— Usted habla siempre lo que se le antoja y alguna vez se va a encontrar con algo.

— Yo hablo cuando hay alguno como usted, que *me busca la boca*.

— ¿Sí?... Pues verá usted si le busco la cabeza ahora, pedazo de animal. Y al decir esto, lanzó el tío



Nicomedes con todos sus bríos á la cabeza del tío Antonio una botija que para beber agua habían subido. Afortunadamente, el tío Antonio supo ladearse con presteza, y la botija, pasando por cima de su hombro, fué á parar en las espaldas de la tía Macaria, que detrás estaba recogiendo unas botellas de aguardiente.

La tía Macaria cayó al suelo atolondrada del botijazo, y el tío Antonio y el tío Ambrosio, que eran cuñados, desbaratando el juego y armándose con sus asientos respectivos, se aprestaron á responder á los botijazos del tío Nicomedes, que no menos preparado se hallaba ya para defenderse.

El tío Tomás cogió otro asiento como medida preventiva, y entre los cuatro, y con tan desusadas armas, empezó la más extravagante pelea que jamás se ha visto en reuniones de esta clase.

A las primeras acometidas se hicieron trizas la mayor parte de los muebles que en la habitación había, y tampoco salió el tío Ambrosio muy bien parado con un sillazo del tío Nicomedes.

Entre tanto, la tía Macaria seguía desmayada y expuesta á que alguno de los combatientes le diese un pisotón ú otro nuevo golpe; las botellas del aguardiente y la vajilla que había en un armario se habían convertido en un montón de ruinas. El tío Tomás veía todo esto y se mordía los labios de cólera: con la silla en la mano no sabía sobre quién descargar el golpe, y de lo íntimo de su corazón juraba y perjuraba que jamás volvería á admitir juego ni jugadores en su casa.

En la contienda tomaron parte nuevos personajes, defendiendo al tío Nicomedes; los palos eran cada vez mayores, la confusión aumentaba y el ruido de los sillazos unido á la gritería de los asistentes, se convertía en estrépito, en estruendo cada vez más alarmante.

Así estaban las cosas, cuando de repente se abrió la puerta de la habitación, y apareció en el dintel el Sr. Juez municipal escoltado por una pareja de la guardia civil. Era esta la venganza del secretario, que enfurecido por los insultos del tío Antonio, había querido sorprender á quien tales cosas decía y á los que toleraban y hasta aprobaban semejantes apóstrofes.

Y avínoles bien esta sorpresa, pues á no ser así, no sé yo cómo hubiera concluido aquel campo de Agramante.

Cuando el Juez de paz vió á la tía Macaria tendida, y á los demás maltratándose con tanta furia, le pareció que la cosa era más grave de lo que en un principio creyera, y ordenó á la guardia civil que cumpliera su oficio. Las bocas de los fusiles apaciguaron la cuestión como por encanto; á las disculpas de los amotinados, sucedieron las esposas que la guardia civil en sus manos puso, y después... todos marcharon á la prevención.

¡Así concluyen, en manos del Juez municipal, los juegos de las personas acomodadas!

Después no he podido saber el paradero de la riña.

## IV

— Adiós, amigo Simeón, dijeron varios jóvenes reunidos un domingo en la puerta de una taberna, dirigiéndose á un compañero que pasaba por la calle. Y por vía de saludo, uno de ellos le trajo al corro, dándole antes un torniscón en un hombro.

— ¿Qué vamos á hacer esta tarde?

— Chicos, lo que queráis.

— ¿Vamos á jugar para los ocho, ocho docenas de huevos en ensalada?

— Corriente. Ya estamos.

— A la pelota, tres á tres.

— No, al truke los ocho.

— A lo que digan. Lo mismo da.

— Tiene razón el *Rumaldo*, al truke.

— Todos nos hemos de divertir; ¿verdad, Silvestre?

— Pues es claro. ¡Muchachos! *Ala*; ¿á traer los huevos y comérmolos antes?

— Vamos.

— ¿Os apostáis que me bebo yo luego toda el agua con que se cuezan?

— ¿Las ocho docenas?

— Las ocho.

— Calla, gran bestia.

— Tú sí que eres bestia. Apuéstate media arroba de vino y lo verás.

— Yo la pago si te bebes todo el caldo de los huevos.

— Y si queréis que me coma los huevos para que me siente bien el caldo, también lo hago.

— Eso es más gordo.

No quiero concluir de reseñar esta reunión de jarreros; pues si lo hiciera y fuese en ella tan realista como en las otras, tendrían que oír mis lectores dichos soeces, palabras malsonantes y hasta blasfemias; verían hombres borrachos, pendencieros, deslenguados, que por cualquier cosilla arman camorra y concluyen navaja en mano. Estas cosas, tanto como á ustedes el oírlas, me repugna á mí narrarlas, y por lo mismo voy aquí á concluir mis toscas y desaliñadas líneas.

Yo tenía intención, cuando empecé este artículo, de ridiculizar el vicio del juego, y ahora que acabo de leerlo, me convenzo de que no he sabido realizar mis propósitos como quería. Pero sea lo que Dios quiera, ahí va mi pobre escrito.

Hay una máxima ó refrán que dice: «que en la mesa y en el juego se conoce á la persona,» y es porque en ambos casos se manifiestan mucho más que en otros las pasiones que al hombre esclavizan. Verdad es que por fortuna no siempre concluyen los juegos como yo los he pintado; pero también es verdad que muchas veces dan ocasión á cualquier cosa. Y aunque así no fuera, ¿cuánto echa á perder el alma el vicio del juego! No busquéis en un jugador sentimientos delicados, ni amor á la familia, ni al trabajo, ni á nada. ¡Sér degradado, egoísta y avaro por esencia!

Mas yo no condeno ni condenaré nunca el juego que sirve de honesto pasatiempo á varios amigos, ni creo que esta clase de juego sea perjudicial; antes al contrario, es un medio de combatir el aburrimiento que muchas veces en la vida nos consume, es una distracción que devuelve al alma las fuerzas perdidas durante el trabajo. Pero si el juego se convierte en ocupación continua, es un vicio de los peores que pueden darse.

Y de intento, lectores míos, no he dicho nada de esos juegos en que, á la vez que la fortuna, se juegan la tranquilidad, la salud, la vida y hasta el alma de los desgraciados jugadores. Esos juegos me horrorizan, y su recuerdo conmueve mis nervios, excitando en mi alma dolorosas impresiones. No quiero traer á mi imaginación los personajes aludidos; su semblante demacrado, su cabello encanecido, su frente surcada de arrugas, su vejez prematura, en una palabra, me daría miedo.

¡No seáis jugadores, porque el juego es como las manzanas del Mar Muerto; presenta por fuera un aspecto risueño, pero en el fondo se padece más que se goza!

BENIGNO BOLAÑOS Y SANZ.

Abril 20 de 1883.

## CARIDAD

CUENTO

(Conclusión.)

— ¡Miserables! ¡Sabed que nadie en el mundo se burla de mí ni es capaz de poner en duda la nobleza de mi sangre!...

El primer caballero echó un brazo sobre el respaldo de la silla, volvió á mirar á José y á atusarse los bigotes, y respondió con calma.

— Eso os lo dirá antes de mucho la Santa Hermandad, *caballerete*.

Y pronunció con tal acento de desprecio la última palabra, que sus dos amigos volvieron á reír con todas sus ganas.

José, en el colmo del furor, tiró de su espada y gritó:

— ¡Sacad vuestra espada, miserable! ¡Esa injuria sólo se lava con vuestra sangre ó la mía!

El caballero se encogió de hombros, y sin moverse continuó mirando á José con el mismo desprecio:

— ¡Sacad esa espada! — continuó gritando José, á quien exasperaba la calma del caballero — ¡sacadla, villano, ó vive el cielo que os atravieso como á un perro!

— Puesto que os empeñáis, sea — respondió sin mudar de tono el caballero, y alzándose con lentitud. — Mas ved que la espada de un caballero no se mancha con sangre infame: á un villano es honrarle el responderle con la espada, se le responde... así...

Una sonora bofetada resonó en la habitación, y José cayó rodando debajo de la mesa. El caballero le quitó la espada y la hizo pedazos en las rodillas. José se levantó bramando como un toro, y en su mano derecha brillaba una daga que dirigió al pecho de su rival. Dió éste una ligera media vuelta, y sujetando á aquél por la espalda, le mantuvo un rato en aquella posición.

Entonces se oyó rumor de voces en la habitación de enfrente:

— ¿Qué queréis, qué queréis? — decía en ella con

agudo chillido el usurero — ¡quitarme mi sudor, mi sangre, mi vida!...

— ¡Tu vida... — le contestaban — la sangre y el sudor de los infelices á quienes has sepultado en la miseria... ¡Verdugo de los pobres de Toledo! Llegó la hora... ¡Paso á la justicia de Dios!...

— Dejadme, dejadme — dijo el hijo de Daniel al caballero que le sujetaba. — Dejadme ahora: ¡luego nos veremos! — añadió rechinando los dientes y mordiendo los labios.

El caballero soltó á José y le siguió por el corredor adelante.

— ¡Mentís, mentís!... — gritaba entre tanto Daniel.

— Callad, infame, ú os ponemos una mordaza... ¡Vos sois el usurero judío de Toledo; vos sois Rabi Abraham!...

En medio de su carrera oyó José estas palabras que cayeron en su corazón como plomo derretido. Detúvose temblando, y exclamó:

— ¡Hijo de un judío!...

Lanzó un rugido de fiera, y cayó con violencia al suelo. Allí permaneció por algunos instantes inmóvil: los tres caballeros le llevaron á su habitación, le rociaron el rostro con agua, y después de un rato abrió los ojos, dirigió á su alrededor una mirada asustada, y repitió con horrible expresión:

— ¡Hijo de Rabi Abraham, el judío de Toledo!... ¡Ja, ja, ja, ja!...

Espantosa era aquella carcajada, acompañada del extravío de la vista, y las contracciones del rostro. Púsose en pie, volvió á repetir la misma frase y la misma carcajada, se precipitó por la escalera, salió de la posada corriendo, y pronto se perdió en las tinieblas de la noche. ¡Estaba loco!

La Santa Hermandad, institución que en aquel tiempo tenía el mismo objeto que en nuestros días la guardia civil, conducía entre tanto á Daniel ó Rabi Abraham maniatado á las prisiones de Toledo.

Daniel, pues, era judío: es decir, era lo que Casilda había dicho á Juana al oído. En aquel tiempo se designaba á judíos y moros con el nombre de *perros*. Ahora comprenderás, hermanito mío, que la pequeña Rosa tenía razón, sin saberlo, cuando decía que *el perro se había comido el trigo*.

Pero ¿cómo José ignoraba quién era su padre? Para explicarte esto, es preciso recordarte una página de nuestra historia.

En 1492, los ilustres Reyes Católicos se vieron obligados á dar una orden por la cual se desterraba de España á todos los judíos, exceptuando á los que quisieran hacerse cristianos. Mucho se ha hablado de esta determinación; pero la verdad es que, si trajo algún atraso á nuestra industria, nos dió en inmensa compensación la unidad católica, esa gloria de que hasta hace poco sólo ha podido alabarse nuestra nación, y que fué el manantial fecundo de todas nuestras glorias posteriores, desde la conquista de América hasta la guerra de la Independencia. No se paga con todo el oro del mundo el tener en toda la nación un sólo trono, un altar y una bandera. Acusábase además á los judíos de horribles crímenes, entre otros, de asesinar niños cristianos renovando en ellos la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. Aunque en esto haya habido alguna exageración en cuanto al número, es lo cierto que se cuentan hechos de ese género tan históricamente probados, que no se pueden poner en duda. Uno de estos es la muerte del santo niño de la Guarda. Fuera de eso, las grandes riquezas de que disponían, les hacían verdugos de los pobres, á quienes sacrificaban con criminales usuras. Por todas estas causas, el nombre *judío* se había hecho tan odioso al pueblo español, que se tenía por la mayor afrenta que podía darse á un hombre. Aun hoy mismo, para denotar una acción inhumana, la llamamos *judiada*, y los judíos mismos no sufren que se les dé ese nombre, y se llaman *israelitas*. El más humilde labriego, con sólo ser *cristiano viejo*, ó sea, descendiente de abuelos cristianos de muy antiguo, se consideraba superior en honradez y categoría á cualquiera que tuviera en sus venas sangre de aquella aborrecida raza. Considerándose, pues, por tan deshonesto descender de ella, no extrañarás que tan terrible humillación extraviase el juicio del orgulloso José.

Rabi Abraham, uno de los más calificados judíos de Toledo, se bautizó con su hijo sólo por no salir de España. Continuó, sin embargo, ocultamente los ritos de la ley de Moisés y las usuras y violencias con los pobres; pero á medida que José iba creciendo, su padre se guardaba de él, y temeroso de la condición de los niños, poco aficionados á guardar secreto, le hizo educar con los demás en escuelas cristianas. Algunos crímenes que él creía muy ocultos empezaron á traslucirse por las autoridades, y Rabi Abraham, mudando el nombre, desapareció de la ciudad. Nunca se atrevió á revelar á José su religión, y mucho menos cuando le vió, ya mozo,preciar tanto de nobleza de sangre. Lo demás no



necesito explicártelo: aquel caballero toledano le conoció, y avisó a la Santa Hermandad, que habiéndose ya descubierto los crímenes porque huyó, le buscaba hacia tiempo.

La muerte vino a sorprender en la cárcel al usurero. Sepultado en un calabozo, se revolvía en el suelo con el ardor de violenta fiebre. Por una estrecha saetera penetraba un pálido rayo de luz del patio de la cárcel y derramaba en las facciones de Rabi Abraham mortecino y siniestro resplandor, parecido al que debe rodear la cabeza de Satanás en el infierno. El judío deliraba y gritaba como un loco. Clavaba las uñas en el suelo como si quisiera guardar algo, y decía:

— ¡Mi dinero, mi sudor, mi sangre, mi vida!... ¡Es mío, es mío!...

Luego extendía la mano como apartando alguna cosa, y exclamaba:

— ¡Idos, idos!... ¿Qué me queréis?... No tengo nada vuestro!... Es mío, sí, es mío... ¡Oh, Antón!... ¡vete, vete... que me matas... vete!...

Las violentas contorsiones y los gritos duplicaron. El carcelero se dirigió allá, y el ruido de los cerrojos que oía confusamente el judío en su agonía, le aterraba.

— ¡Sí: ¡el infierno! — decía — ¡ya estoy en él... ya... es... toyl!...

El carcelero abrió la puerta del calabozo: arrastró a sus pies el judío y clavó las uñas en el suelo: luego cayó como un cuerpo inerte, dió un bramido, y quedó sin movimiento. Sus manos estaban apretadas y ensangrentadas las uñas, y su rostro de repugnante figura, amoratado, negro como el carbón. Así murió Rabi Abraham ó *Daniel el usurero*.

Respecto de José, comprenderás querido hermanito, que él fué a quien Tomás y Gregorio encontraron al salir de Alcalá para su pueblo. Anduvo algunos años vagando por montes y caminos, pidiendo de comer a pasajeros y pastores. Un día se vió impensadamente trasladado a una habitación donde se halló solo y sin la daga. Enfurecióse al principio; pero por fin el hambre le rindió, y vió abrirse la puerta y entrar por ella un hombre y una mujer, ésta llorando, ambos jóvenes, que le acariciaron y le dieron de comer. Detrás de ellos entró un religioso que le habló con amabilidad y le trató con cariño. El pobre loco fué tomando afecto a aquellas tres personas, que diariamente le visitaban, y merced a sus cuidados, verdaderamente paternales, fué poco a poco recobrando la razón, y con ella mayor libertad, pues ya le permitían andar por la casa. Oyó un día una larga conversación de los tres, y su antigua soberbia resucitó de tal modo con lo que había escuchado, que huyó de aquella casa y se entregó a la buenventura. ¡No había podido sufrir el saber que debía la razón y acaso la vida a los hijos del pobre Antón, Gregorio, Rosa y Félix, en cuya casa de Alcalá se encontraba!

La vida de José fué desde entonces interminable serie de vicios. Pero aunque el favor que a los hijos de Antón debía, humillaba su orgullo, no podía olvidarles: había llegado a tomarles verdadero cariño, y admiraba aquel acto heroico de caridad cristiana. Este pensamiento no le abandonaba y le hacía parecer tan amable la virtud, como aborrecible el vicio.

— ¡Qué tranquilos se entregarían al sueño — decía — seguros de que Dios les agradecería su generosidad en perdonar y cuidar al hijo del asesino de sus padres!

Con tales ideas iba concibiendo amor a lo bueno; pero le arrastraba siempre al vicio la poderosa cadena de la mala costumbre. Ya anciano, y más envejecido y acabado por la desordenada vida, llegó a Valencia rodando por el mundo, y allí solía ir con los demás pobres a recibir las copiosas limosnas que repartía aquel caritativo Arzobispo. Con tal ocasión llegó a saber notables particularidades de la vida del Prelado, y le pidió una visita. Quiso hablarle, echarse a sus pies; mas el orgullo volvió a levantarse en su pecho, y sólo le pidió algún oficio en su palacio.

— Os hago desde hoy mi carcelero, — le respondió el Arzobispo.

José, pues, era el que se confesó con éste en sus últimos instantes, y todo lo que acabo de contarte es lo que en su confesión le refirió.

#### XIV

##### CONCLUSIÓN

Estamos ahora en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme. Algo triste te irá pareciendo el fin de este cuento en que apenas te hago presenciar escenas que no sean de muerte. A pesar de eso, has de perdonarme que todavía te lleve a ver morir otra persona.

Es ésta una anciana de respetable y dulce fisonomía y encanecidos cabellos. Confortada ya con los últimos Sacramentos de la Santa Madre Iglesia, aguar-

da tranquila y sonriendo en su lecho el premio de los trabajos de esta vida, que espera al justo más allá de la tumba.

— ¡Pobrecitos!... — dice la buena anciana delirando — ¡dad limosna a esos pobres, vestidme a esos niños!

Y volviéndose a sus hijas, parientes y conocidos, que llorando rodeaban el lecho, les decía:

— No lloréis, no lloréis, hijas mías, que estoy mejor y muy consolada porque me ha venido a visitar vuestro hermano, mi hijo el Arzobispo. ¡Qué hermoso está, qué lleno de gloria en el cielo!... No lloréis, hijas mías; dejadme, dejadme que me vaya con él.

Pasó un rato durante el cual la buena anciana preguntó muchas veces por sus pobres y por sus huerfanitos. Después dijo que quería bendecir a sus hijas, y todos los presentes recibieron de rodillas y llorando su bendición. Besó el crucifijo y volvió a hablar por última vez.

— ¡Hijo mío!... ¡hijo del alma mía!... ¡otra vez, otra vez!... ¡qué hermoso estás, hijo de mi corazón!... ¡Me llamas!... ¡sí me voy contigo!... ¡Hijas mías, me voy con él!... ¡Qué hermoso, qué lleno de gloria!... ¡Sí, hijo mío!... me voy contigo... dame la mano... ¡al cielo, al cielo!

La anciana tendió la mano como si alguno se la recibiera, dulcísima sonrisa se pintó en sus labios, y exhaló el último suspiro murmurando:

— ¡Al cielo!... ¡al cielo!...

El hijo se había llevado al cielo el alma de la madre, y en el lecho sólo quedó un cadáver helado, pero sonriente y bello como un ángel.

El lugar de la Mancha en que esto pasaba era Villahueva de los Infantes: la anciana que acababa de morir era la caritativa Doña Lucía Martínez Castellanos.

¿No has visto tú, hermanito mío, en las iglesias la imagen de un santo con el hábito de la Orden de San Agustín debajo de la capa de Arzobispo, y con una bolsa en la mano y algún pobre a sus pies? Pues ese, que fué uno de los hombres más ilustres de su tiempo en santidad y saber, es el piadoso escritor, el gran Arzobispo de Valencia, *Padre de los pobres*, el último Santo padre de la Iglesia española.

Ese es el hijo de Lucía. Nosotros le conocemos con el nombre de *Tomás*, y la Iglesia con el gloriosísimo de SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

## LOS GRABADOS

### PUERTA OJIVAL EN CHINCHILLA

Venerable vestigio de la Edad media, consérvase en Chinchilla, villa importante de la provincia de Albacete, un arco de la antigua muralla, que por la severidad de su corte y el sitio que ocupa merece la atención del viajero y el estudio del anticuario. El espíritu destructor de nuestro tiempo va borrando estas nobles huellas de los siglos pasados, y LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se goza en recogerlos por medio del grabado, para que nuestros hijos puedan conocer, por el retrato, la fisonomía de la antigua España.

El arco a que nos referimos es del siglo XIII, en cuya época se restauró Chinchilla, poblándose de varios y curiosos monumentos.

### LAS BARCAS PESCADORAS

La mejor explicación que podemos dar de este bellísimo grabado son los versos del Sr. Sánchez de Castro, que hemos puesto a su pie. Los cuadros del mar, cuando flotan sobre su tersa superficie las barcas pescadoras, de vuelta al amado puerto, son tan bellos, que sólo la poesía puede interpretar dignamente los sentimientos que despiertan en el ánimo.

Nuestro grabado es una obra de arte, en que sabrán recrearse nuestros lectores saboreando los bellos versos del poeta cristiano.

### EL PUENTE DE ALMARAZ, SOBRE EL TAJO

En la provincia de Cáceres, no lejos de la frontera de Portugal, levantaron nuestros antepasados este puente, que puede competir con los mejores antiguos y modernos, por sus proporciones, su elegancia y su solidez inquebrantable, que desafía el empuje del soberbio Tajo.

Fué su constructor Pedro de Uría en el año de 1552. Es de gusto gótico y sólo tiene dos arcos, uno semicircular y otro de punta: aquél, por el que pasa regularmente todo el río, consta de 150 pies y medio de diámetro y de 69 de alto; y éste de 109 de abertura y de 66 de elevación. Todo lo largo de la fábrica es de 580 pies, el ancho de 25 y el alto, hasta el pretil, de 134. Los pilares ó estribos son unas torres muy altas; y el resalto del que está en el medio de los dos arcos, por la parte del Norte, es semicircular, y forma encima una plazuela. Se ven en este punto la armas de Carlos V y las de la ciudad de Plasencia, que le costeó, con esta inscripción:

*Este puente hizo la ciudad de Plasencia  
año de 1552, reinando en España  
la majestad cesárea de Carlos V emperador.  
Fue maestro Pedro de Uría.*

Cuando tanto se celebran hoy las construcciones modernas de los arquitectos extranjeros, no está fuera de camino que despertemos el interés de los españoles amantes de su patria hacia las obras monumentales que alzaron nuestros maestros en los siglos de gloria y grandeza de España.

El puente de Almaraz es una de ellas, y su maestro Pedro de Uría, acreedor a la fama que tan generosamente prodigamos a los extranjeros.

## EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

No se toma uno el trabajo de sondear la caridad que se necesita para confesar. A nuestro modo de pensar es mayor que todas las demás. Velar a un enfermo, animarlo en sus sufrimientos, reanimar su espíritu, ya oscurecido por las sombras de la muerte, y hacerle volver hacia las regiones celestiales, es una misión consoladora.

Es agradable el instruir a los niños y sembrar los principios de la virtud en sus almas.

Goza el corazón haciendo brillar a las miradas del anciano la aurora de una juventud eterna. Ayunar, dormir en el suelo, tener frío, soportar los rigores de las estaciones, todo esto se hace con la santa alegría que acompaña al sufrimiento.

La cuestión que más aterra, que excita las burlas de los espíritus fuertes y levanta ardientes polémicas, es la de la penitencia. Se la clasifica entre las aberraciones. No se concibe la doctrina de la Redención. El inocente salvando al culpable con sus sudores y su sangre es una doctrina que está muy por encima de ciertas inteligencias. Si a hombres instruidos, aun eminentes de cierta manera, les repugna el admitir la penitencia como una consecuencia de la crucifixión de Jesús, y la necesidad que siente el cristiano de seguir su divino modelo, aún comprenden menos que el sufrimiento soportado voluntariamente venga a ser un principio de gozo. Domeñar la carne por el espíritu, apaciguar su rebelión por la tortura, parece a la mayor parte de los que discuten esta necesidad una casi locura. Se perdiera su tiempo queriendo raciocinar con ellos y tratar de convencerlos. Es menester haber experimentado ciertas cosas para creerlo. En lo físico, para muchos, la penitencia parece el resultado de una gran exaltación; y hasta que Dios quiera hacerles la gracia de dormir en una cama austera y de ceñir su cintura con un cilicio, opondrán la burla a la observación de una de las condiciones de la vida cristiana. ¡Expiar! ¡expiar sus faltas ó las del prójimo! La Iglesia militante es solidaria. La carga de uno está aligerada por el valor de otro. La caridad tiene, no sólo los brazos abiertos, sino el corazón echando sangre.

Pero hay una penitencia más dura que el cilicio, una mortificación más terrible que el ayuno, una pena más íntima que el dormir sobre una tabla de pino.

Esta es la penitencia del corazón, el dolor íntimo, las tristezas del alma. Y entre todas aquellas que se imponen a los sacerdotes, nos parece que no hay ninguna más rigurosa que la confesión.

¿Queremos decir que les pesa y que queda sin compensación? ¡No! Como de todas las maceraciones, nacen flores de salvación al lado de sus espinas; pero como la carne se rebela a la disciplina, también algunas veces el alma del sacerdote se estreñece dolorosamente, y el discípulo tiene que llamar al Maestro para tener la fuerza de escuchar aún. Poneos por un momento en el sitio del sacerdote.

Es un hombre que ha renunciado voluntariamente los bienes de este mundo, que ama la pobreza, la humildad, la caridad, tres hermanas virginales con quien le desposaron al pie del altar. Es un heredero de la cruz y un servidor de la castidad.

Ha cerrado los ojos a las hermosuras esparcidas a su alrededor y ha hecho un pacto con sus labios; sus manos son puras y sus pasos encuentran un sendero de justicia. No le gusta la música de moda y afeminada; no abre los libros que describen pasiones ardientes; todo en él es sagrado, y lleva en el pecho como un sello la imagen de Cristo, vencedor de la muerte y del pecado.

Los autores que medita le hablan del cielo; en sus oraciones ve el cielo abrirse y la orilla del traje de Adonái llenar el templo; el silencio angélico tiene elocuencias íntimas para su corazón. Gusta del premio de sus virtudes en las oraciones que le acercan del pecho del Maestro. Es de Dios, y Dios está en él. Y en el momento en que este ministro de los altares, en que este hombre ha dejado el Egipto por las alturas austeras del Sinaí, se abisma en el gozo de estar más cerca de Dios, suena la hora, y esta hora le dice: — Corre al confesonario. — Cierra su



libro, cierra su alma, renuncia á los goces místicos, y baja á la capilla. Hombres, mujeres le esperan.

Están confundidos inocentes y culpables.

Tiene que encontrar para cada una de estas conciencias la palabra que conmueve, cambia ó consuela. Tantos séres, tantas naturalezas. Ciertos rebeldes, como Heliodoro, que han venido al templo, por decirlo así, al galope de su yegua, que llevando sus vicios á ancas deben ser azotados por manos vengadoras. Otros necesitan la austera reprensión; para otros una dulzura extremada. Este tacto de las almas es una intuición celestial.

El sacerdote está sentado en esa caja estrecha llamada confesonario. Tira de la reja y distingue confusamente una criatura arrodillada. Desde este momento una voz íntima le revela lo que le dirá para convencerla y salvarla.

Hace un momento pensaba en la flor de Jesé que hizo florecer María, de donde se extendió la virginidad en este mundo como un perfume; su corazón aspiraba soplos puros; y su pensamiento reposaba en un océano de castas delicias. La mujer arrodillada ante él, envejecida antes de tiempo, lívida, espantosa, desarrolla ante su vista una lepra moral.

El pudor ha sido hollado; con su hermosura ha tendido un lazo infame. La mano de Dios la vispera la ha sobrecogido bruscamente, está ahí como anodada en el antepecho del confesonario, buscando las palabras que han de pintar sus liviandades, titubeando entre la imagen que repugna y la restricción que atenúa. Ha sabido pecar; no conoce el lenguaje del arrepentimiento. La vergüenza le quita la palabra, el desprecio de sí misma la abruma. Se pregunta lo que pensará el sacerdote.

Ella anda á tientas su camino... después de haber dicho mucho, de pronto se va atrás... en el fondo de su conciencia, guarda un secreto, un misterio, otra falta... no confesará esta falta... ¿Por qué? ¿Lo sabe ella? Se da por medio vencida, titubea, murmura:

— ¡He dicho todo!

Ha sido preciso que el sacerdote escuche toda esa larga serie de faltas, que sus ojos viesen pasar, como fantasmas malditas, rostros embrutecidos por la lujuria, semejantes á los que ha pintado Franz Floris. Ha tenido que sonar este fango, y por manchada que esté esta alma, es necesario que la vuelva á Dios.

— ¡He dicho todo!

Esta palabra ha sonado en el corazón del sacerdote como el toque de agonía.

Comprende que esto no es verdad. La culpable lucha, Satanás la cubre aún con su ala, miente en el confesonario, miente al Espíritu Santo, y el sacerdote, espantado, suplica á Dios que la ilumine, que la sostenga, que no sea él el instrumento de perdición de esta alma.

Coge la lámpara que ha dejado caer avergonzada esta criatura, y ahonda de nuevo en los pliegues de esta alma oscura. Busca el casto representante de Jesús, busca y repasa las monstruosas variedades de los crímenes posibles. Hace la clínica moral de esta criatura; busca, corta en lo vivo y separa los miembros gangrenados de los que aún están sanos. ¡Oh! ¡qué espantosa tarea! ¡qué obligación tan horrible la de estudiar los venenos, cuando se aman los perfumes del honor!

Y si el sacerdote, habiendo casi concluido esta siniestra nomenclatura, encuentra por fin la falta escondida, el pecado sepultado como un cadáver en las sombrías profundidades del alma, si pregunta temeroso y ansioso al mismo tiempo:

— ¿Habéis cometido este crimen?

Y que la criatura humillada balbucea:

— ¡Sí! — ¡El sacerdote respira, todo está dicho, está levantada la carga, el alma será redimida!

Seguramente, este es un sufrimiento moral del cual no se aprecian en el mundo suficientemente los méritos. Se ha dicho más. Se han atrevido á hablar del placer que podía mostrar el sacerdote en confesar. Perdonad, Señor, á los que han proferido esta blasfemia; no saben lo que se dicen.

Muchas veces el penitente que se arrodilla en el confesonario, apenas conoce la gravedad del acto que cumple.

O bien se trata de una naturaleza frágil que tan pronto cae, tan pronto se levanta.

Otras veces, el corazón está frío mientras que los labios hacen la confesión; el arrepentimiento no ablanda el alma, las resoluciones enérgicas no espían las pasadas debilidades. Para cada una de estas naturalezas diferentes es menester el texto sagrado que le conviene y que parece que ha sido dictado expresamente para ella. Primer remedio á un mal cuyos efectos idénticos, sin embargo, tienen diversas causas. La mano debe ser ligera para cada herida, y esta mano que cura, debe ser capaz de levantar con fuerza y sostener en el camino recto la marcha del cojo y la del ciego. El predicador que sube al púlpito pronuncia un discurso que todos oyen, y que muchas veces todos alaban. Del fondo de su confesonario, el sacerdote improvisa para cada una de sus ovejas una exhortación especial. Habla como siente, piensa, exhorta, tranquiliza, y estos discursos de algunos minutos, tan preciosos, tan convincentes, nadie los conoce, nadie los inspira, y quedan en el gran secreto de la elocuencia sagrada. Los oradores son muy raros, mas aún lo son los confesores.

El talento de los primeros tiene su parte profana; el genio de los segundos parece que desciende más directamente de lo alto.

Desde la hora en que la Providencia sometió al cura Fritz-Roy á la terrible prueba que sufrió oyendo á Hugo confesarle que era el asesino de su her-

mano, Dios echó una bendición á sus labios sellados, y de todas partes del condado conocieron muy pronto la reputación del santo sacerdote. Extenuado por las noches sin dormir, muchas veces pálido de hambre, cuando entraba en la iglesia, con su alta estatura, algo enflaquecida y un poco encorvada, se sentía uno lleno de respeto, y la influencia de su virtud empezaba la obra que debía finalizarla su palabra.

## XV

## EL AMOR MALDITO

Una de las familias más cruelmente desoladas por el hambre fué la de Margarita. Sin que supiese el motivo, la joven no podía ya vender su hilo; ensayó el hacer encaje, pero estaba menos ágil en este trabajo, y aumentaron las privaciones para ella y su abuela.

¿Se puede emplear la palabra privaciones?

Al que comía pan de avena no le quedaron al pronto más que patatas; después se sintió el hambre. Margarita no podía ir como mujer de trabajo á un cortijo. Para servir en la ciudad, hubiera tenido que dejar á su abuela. Desde la muerte de su prometido, había hecho el sacrificio de toda felicidad personal,

## JEROGLIFICO



La solución en el número próximo

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

# EL AGUA DE SUEZ DOLORES DE MUELAS

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los dolores de muelas y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La Opiata anaranjada de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro.—El Vinagrillo lácteo de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer, en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse.—Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. I. Chavarri, almacén de drogas, Atocha, 86.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93.—Manuel R. Hernandez, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

## AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el Bazar de sillería de madera encorvada de THONET, hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid

## NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

## PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Candeleros. Campanillas. Ciriales. Coronas. Cruces. Diademas. Incensarios. Lámparas. Navetas. Sacras. Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

## COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.  
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.



pero la de Isabel tenía en su corazón profundas raíces, y la anciana estaba amenazada con todas las torturas de la miseria.

Una tarde, Margarita salía de la iglesia y volvía rápidamente a su pobre y fría casa, cuando una voz que ella reconoció con cierto espanto, le dijo casi bajo:

— Buenas tardes, Margarita.

— Buenas tardes, Hugo Peadcock, respondió la joven apresurando el paso.

— No se os encuentra á menudo, Margarita, y es una lástima; en cuanto á entrar en vuestra casa, la puerta está siempre cerrada, y sin embargo estáis en la edad que agradan los placeres y los adornos, como las jóvenes de los pueblos vecinos.

— No hay edad para sufrir, respondió Margarita no hay edad tampoco para vivir con juicio.

— Sin vivir con menos juicio, Margarita, podríais vivir menos tristemente.

— Vivimos con los muertos, dijo la joven con voz lastimera.

— ¿De manera que no os casaréis nunca? preguntó Hugo titubeando.

— Nunca, respondió ella con firmeza.

— ¿Por qué comprometerse tan pronto? replicó Hugo; hay tantas circunstancias que puedan impedirlos...

— Había dado mi palabra á Dunstan, la guardo, ¡hé aquí todo! replicó Margarita sencillamente.

— ¿Y estáis decidida á rechazar las proposiciones de casamiento que se os hagan?

— Nadie pensará, creedlo, en desear por mujer la prometida de Dunstan, muerto, asesinado...

— Os engañáis, Margarita, dijo bruscamente Hugo, tocando el brazo de la joven, hay un hombre que tendrá esta audacia, y este hombre soy yo.

— ¡Vos! ¡Vos! repitió Margarita queriendo huir.

— Yo, Hugo Peadcock el antiguo merodeador, el antiguo middleman, que os ama hace tres años.

— ¡Callaos! ¡Callaos!

— Hablaré una vez, y me oiréis, Margarita. Por eso no tengo intención de insultaros. Sabréis que hace tres años vuestro pensamiento no me deja; no puedo tener otra mujer; vuestra imagen me persigue sin cesar, y por vos, por vos sola, Margarita, no sabéis lo que he hecho...

Se paró un instante como sofocado; después prosiguió:

— No me hago ilusión, Dunstan era hermoso, y

ya mis cabellos están canos... ¡pero él no os amaba como yo os amo! Yo haré todo por vos, Margarita... no habrá en el Ulster una mujer vestida con tanta riqueza: todo lo que poseo os lo daré, Margarita, y por fin me amaréis...

— He oído, respondió con frialdad Margarita; soltad mi brazo, Hugo Peadcock.

— ¿Me rehusáis?

— Os rehúso.

— ¿Por qué?

— Os lo he dicho; no me casaré nunca.

— No es por esta razón, Margarita.

— Es por aquella.

— De manera, que si no os creyéis obligada á guardar vuestra fe á Dunstan...

— No penséis en eso Hugo; no quiero mentir... aunque jamás hubiera dado mi palabra al Hijo de Ana, sin embargo no me hubiera casado con vos.

— ¡Ah! dijo Hugo con una especie de rugido, me aborrecéis.

— No aborrezco á nadie; miraos á vos mismo, y comprenderéis que no puedo ser vuestra mujer.

— He sido malo, pero me corregiré.

— No cambiaréis Peadcock. Se pueden olvidar locuras de juventud, excusar ciertos extravíos, pero yo no me engaño con vuestra amistad por Ryan y vuestro desinterés por Owen... apremiais á los pobres y Dios os pedirá severa cuenta de sus lágrimas...

— Os engañáis Margarita, dijo Peadcock titubeando.

— No, Hugo, soy joven, pero observo y comprendo... andáis en mal camino, os será fatal.

## MONUMENTOS DE ESPAÑA.



EL PUENTE DE ALMARAZ, SOBRE EL TAJO.

—Y bien, Margarita, ayudadme á salir de él. Tenéis razón, soy malo, pero puedo corregirme. Si me aconsejáis, si vivís á mi lado, tendré valor y fuerza... decís que comprendéis; y bien, sabed que os amo, que esta pasión me parte el corazón, que para mereceros seré capaz de todos los sacrificios. Seré suave, honrado y bueno; haréis limosna con mi dinero, toda mi fortuna os pertenecerá; Margarita, os amo como un insensato, y no podéis burlaros de este amor...

— No me burlo de él, lo rechazo.

— ¿Sin lástima?

— Sin esperanza al menos.

— ¿Nunca, haga lo que haga, seréis mi mujer?

— Nunca, Hugo.

— Y yo he dicho: ¡esto se hará! dijo Peadcock dando una patada en el suelo. Margarita, estáis muy enfa-

dada porque Hugo, el vagabundo de otros tiempos, te confiesa que te ama; ¡ten cuidado, hermosa joven! Los hombres de mi jaez tienen mil medios de triunfar de la resistencia de una remilgada, y no respondo que llegue un día que tú misma vengas á ofrecermela tu mano!... si ya no fuese tan de noche, vería brillar en tus ojos la cólera, Margarita... pero las muchachas son muy hermosas á fe mía, con el desprecio en la boca y la mirada chispeante. No te detengo más; te he dicho lo que te tenía que decir. Acuérdate de esto solamente: poseo quinientas mil libras, y si la nieta de Isabel quiere asegurar el pan á su abuela, sabe en qué casa lo ha de encontrar.

Peadcock soltó el brazo de la joven, y se volvió hacia atrás. Margarita temblaba como una hoja.

La indignación dominaba todos sus sentimientos.

Había sufrido esta vergüenza de haber atraído las miradas de Peadcock, el hombre de más mala fama del pueblo, un usurero cuyo dinero era robado á los pobres, un miserable que caería en poder de la justicia más pronto ó más tarde.

Cuando entró, su abuela se inquietó de verla tan pálida.

— El aire es muy vivo, respondió Margarita, y tengo frío.

— Acércate, querida mía, dijo Isabel, ven á mis brazos, yo trataré de calentarte... No tenemos leña ni turba, mi pobre niña. Margarita se estremeció pensando en las palabras de Peadcock.

(Se continuará.)

Madrid, TIPOGRAFÍA GUTENBERG, calle de Villalar, núm. 5.

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO  
DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL  
PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivery, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.